Arian

Egon Blumer

Capítulo 1

I. Libertad

Mi padre estudió filología y lingüística en la Kant BF Universitet. Era un hombre de grandes ideas. Para él la libertad era una de las cosas más preciadas que tenían las personas y pensaba que no debían renunciar a ella por nada del mundo.
Cuando estudió la cultura africana, se enamoró de sus idiomas y se obsesionó con la idea de recorrer África en busca de dialectos perdidos y recopilarlos en un libro para así poder rescatarlos de su olvido. Él era capaz de hacer cualquier cosa por alcanzar su sueño, incluso si eso significaba abandonar a su mujer y su hijo de siete años.

Recuerdo el día que nos dejó, había empezado la primavera pero todavía nevaba en Kaliningrad, su rostro aparece borroso en mis recuerdos pero su áspera voz describiéndome la belleza del lejano continente es muy clara, lo percibo como si todavía estuviera aquí a mi lado. No puedo culparlo por abandonarnos, es una vida mucha más interesante la de seguir un sueño en vez de quedarse cuidando de una familia, viviendo de un empleo con el salario mínimo mientras se fantasea con la idea de algún día poder salir de ese maldito hueco helado que era nuestro hogar. Se hubiera convertido en un hombre desdichado y amargado como lo fue mi madre en los siguientes años, hubiera visto en mí la salvación y hubiera puesto todo su empeño en que yo siguiera los pasos de su sueño frustrado. Finalmente al chocarse con la triste realidad de que su hijo no sería el gran investigador que él alguna vez quiso ser, se hubiera hundido en el alcohol volviéndose una sombra del brillante hombre que alguna vez fue. Prefiero pensar que fue mejor para todos así, hubiéramos sido igual de desdichados o más si él se quedaba.
Mi padre me enseñó el significado de la libertad y la grabó en mí con el recuerdo de su ausencia. Mi mente adolescente la aplicó al único concepto que parece relevante a esa edad, el sexo. A mis diecisiete años ya me encontraba en una sádica relación con un integrante de la Bratvá[1] llamado Yarik. Lo que más recuerdo de él es su abusiva adicción al cigarrillo, fumaba uno tras otro y su cuarto tenía un constante olor tabaco y mentol, incluso su piel ya había adquirido ese olor. Era violento y salvaje, le gustaba quemar los cigarrillos en mi piel y atar mis manos al respaldo de la cama.

Examiné las marcas de quemaduras en mis muñecas, eran muy oscuras y contrastaban mucho con el color de mi piel.
— Son muy notorias, debería usar una venda para taparlas —dijo una voz cerca de mi oído. Un chico de cabello y ojos negros estiró su mano alcanzándome unas banditas para que cubriera mis heridas, era bastante alto y tenía un aspecto algo tétrico.

— ¿Quién dijo que necesitaba tu opinión? —murmuré fastidiado mientras miraba a mi alrededor para ver si alguien nos estaba observando. Lo había visto en mi clase, cursaba conmigo algunas materias como matemática y educación física.
Tomé las banditas, algo me decía que no se iría hasta que las aceptara, lo único que quería era que se esfumara y me dejara en paz .

Lamentablemente tuve que volver a econtrarme con el estudiante de aspecto tétrico, más pronto de lo que me imagine.
Sentía el brazo entumecido y no lo podía mover, estaba seguro de que el bruto de Yarik me había dislocado el hombro la noche anterior, realmente me dolía cuando hacía algún movimiento y tampoco podía girar mi cuello.
Entré a la sala esperando encontrarme con la enfermera que siempre me atendía, pero me sorprendió ver al estudiante que me había regalado las banditas en su lugar, levantó la vista al escucharme entrar pero enseguida volvió a concentrar su atención en un libro viejo, pude deducir que era de medicina por el título de la portada «Schwartz, Principios de Cirugía, 8a Edición »
— Estaba buscando a la enfermera… — Le dije tratando de disimular mi mal humor.
— Tuvo algo urgente que hacer, estoy cuidando la enfermería mientras ella no está. —Contestó, dejando finalmente el libro en la mesa para prestarme atención.
— Ahora recuerdo… tú eres, el hijo del médico…Aleksei …Kuznetsov — dije observándolo mejor. La conversación que había surgido la otra vez en la clase de Formación ética sobre su padre y el hospital que dirigía, vino a mi mente.
— Así es, la mujer gorda pensó que era el mejor candidato para cuidar la enfermería ya que estoy acostumbrado a ayudar a mi padre en el hospital.

Casi no pude contener la risa cuando se dirigió a la enfermera con esos términos,
— Bueno, tendré que volver más tarde…— suspiré sujetándome el hombro por inercia — Realmente esperaba que pudiera ayudarme, creo que tengo el hombro dislocado.
Estaba por darme la vuelta cuando Aleksei se levantó de su asiento.
— Tal vez… Pueda ayudarte —dijo algo dubitativo, — he visto como mi padre lo hace, puedo intentar…—
Su alta figura me cohibió un poco aunque traté de mantener mi postura despreocupada. Dudé unos minutos pero finalmente acepté, el dolor se estaba volviendo insoportable y no quería tener que ir a un hospital. Me senté en la camilla, sentía su mirada examinándome, el silenció era tal que podía escuchar su respiración detrás mío. Apoyó una de sus manos en mi hombro y la otra en mi brazo y con un movimiento rápido y firme lo colocó en su lugar. El dolor que sentí en ese momento fue indescriptible, tuve que hacer un terrible esfuerzo para no largar un chillido, mis ojos se aguaron y por un minuto no pude respirar. Por suerte luego de unos segundos el dolor se calmó y noté que podía mover mi brazo por

completo.
— ¡Gracias! Me estaba muriendo del dolor —reconocí.
— ¿Cómo fue que te dislocaste el hombro? Debiste haber ido a ver un médico enseguida. —dijo mientras se sentaba en un taburete frente mío. Se veía algo intranquilo, su mirada parecía fija en mis muñecas, a pesar de la camisa que llevaba puesta se notaban las marcas.
— Lo sé, los sé. —Le contesté restándole importancia— ¿Te gustan? —. Aleksei dio un pequeño respingo apartando la mirada de mis muñecas.
— ¿Qué?
— Las quemaduras en mis muñecas, no dejas de mirarlas y pones una expresión extraña ¿Te gustan verdad?—
El estudiante se removió incomodó y por unos segundo no me habló, parecía estar pensando cuidadosamente la respuesta.
— No solo las quemaduras… Las cicatrices y costras también.
— Eso es raro —opiné mientras me arremangaba la camisa para que pudiera observar las lastimaduras con más detalle —Tengo muchas más por todo el cuerpo si quieres ver—
Su rostro pálido enrojeció — ¿Realmente me dejarías verlas?—
— Claro. —Le dije mientras comenzaba a quitarme la camisa, dejando al descubierto mi pecho y mi espalda.
La forma en que me miró como si fuera un animal hambriento que quería devorar mi cuerpo por completo, hizo que me excitara de una forma que nunca había experimentado.

Al poco tiempo de que mi padre nos abandonara, nos mudamos a Moscú y mi madre se juntó con un hombre llamado Yegor, un estafador de poca monta que tenía cierta vinculación con un grupo de la Bratva. Comprendo su frustración y su dolor, no era fácil mantenernos con lo poco que nos dejaba su trabajo de costurera, apenas nos alcanzaba para el alquiler y la comida. Tener nuevamente un hombre que le ayudara con los gastos de la casa, implicó un gran alivio para ella.
Yegor fue para mí el amor y el apoyo que mi madre nunca me dió, tal vez mi aspecto le recordaba demasiado a mi padre y por eso tenía esa aversión hacia mi persona que trataba terriblemente de ocultar con la excusa de ser una madre estricta. El nuevo integrante de la familia se mostró comprensivo y amable conmigo y pronto nos hicimos inseparables. Me moldeó a sus gustos y deseos, una inocente y estúpida criatura como un niño es fácil de manipular y corromper. Siempre sentí que me miraba de una manera extraña, pero todavía no lo podía comprender. Pronto no sólo me miraba sino me tocaba, recuerdo las prolongadas duchas que nos dábamos y cómo jugaba con mi cuerpo. Recuerdo ver como masajeaba su miembro mientras veía como me cambiaba.
—¿Quieres probarlo? —me preguntó una vez mientras me apuntaba con su verga todavía un poco flácida, tenía un olor extraño, era muy diferente a mí todavía imberbe pene.
—Tienes que chuparlo como un caramelo. —Me animó
No pude resistirme, mi ingenua curiosidad pudo más que los nervios o el

miedo. Después de todo él era mi amigo ¿No?

Sentí los ojos de los estudiantes sentados en la mesa contigua a la mía clavados en mi persona, no me sorprendía ¿Quién no observaría a alguien que tiene la mitad del rostro vendado?
No había podido evitar terminar con el labio partido y un ojo morado, cuando se juega con los Bratva es lo mínimo que puedes esperar que suceda.
— ¿Te vas a comer tu gelatina? —Me preguntó Aleksei mientras terminaba de engullir el último pedazo de carne que quedaba en su plato.
—Es toda tuya —Le respondí.
Desde aquel día en la enfermería no se había despegado de mi lado. No es que hubiera pasado gran cosa aquella vez, el mastodonte parecía solo tener interés en mis cicatrices y me había dejado con un terrible dolor de huevos. Pero por alguna razón que todavía no comprendía, había tomado nuestro pequeño encuentro como una invitación a una amistad que yo no le había ofrecido. Odiaba su forma de ser, me sacaba de quicio su falta de interés por todo, podía decirle que me gustaba tener sexo con caballos y el solo se encogería de hombros y seguiría leyendo tranquilamente sus libros de medicina. Deseaba horrorizarlo, despedazar cada rincón de certidumbre que existía dentro de él, quería hacer temblar su mundo, pero hasta ahora lo único que había logrado era hacerlo sonrojar un poco.
—Kuznetsov. —Le llamó el preceptor de turno antes de que pudiera contestarme, Aleksei se levantó algo sorprendido y se dirigió hacia donde se encontraba el hombre. Sentí como el preceptor me dirigía una mirada desaprobatoria, acababa de tener una tendida charla conmigo acerca de lo mal que podía terminar si me involucraba en peleas y que no debía usar la violencia para resolver las cosas. Traté de explicarle que no había sido una pelea ya que yo no había agredido a nadie, obvié por supuesto el pequeño detalle de que los hechos habían sucedido mientras Yarik me montaba y que mis manos se encontraban atadas al respaldo de la cama.

No volví a ver a Aleksei en toda la tarde y realmente no le di mucha importancia hasta el siguiente día, cuando tampoco apareció. Me acerqué al preceptor y con mi mejor sonrisa le pedí que por favor me dijera lo que había sucedido.
— ¿No te has enterado? —me observó sorprendido. —Su padre falleció ayer… Hoy es el funeral. —
Me quedé asombrado, no me esperaba una notica así, habría esperado algo como que estaba enfermo o que tuvo algún problema con su familia, pero esto era nefasto, sabía cuánto respetaba Aleksei a su padre y cómo deseaba llegar a ser alguna vez como él. Imaginé la pena y la tristeza que debía sentir el pobre muchacho y no pude evitar sentirme excitado ante la imagen que se formó en mi mente, la sola idea de que el tenebroso y apático estudiante expresara una sensación tan terrible en su cara me había hecho arder de deseo. Debía verlo, debía ver ese rostro

atormentado cubierto de lágrimas…

Me salteé la clase de matemática y salí del instituto, mientras iba en camino había comenzado a llover, primero unas cuantas gotas pequeñas pero rápidamente la lluvia se había vuelto más intensa y molesta. Pronto me encontré frente a la entrada del cementerio, di la vuelta al gigantesco predio rodeado de una pared de ladrillo que limitaba el espacio de los muertos y los separaba de los vivos, y llegué a la entrada justo a tiempo para ver a Aleksei despidiéndose de algunos familiares. Me acerqué y apoyé mis manos sobre su hombro.
—Lo lamento… — susurré algo nervioso, me acababa de dar cuentas que no había llevado flores.
Aleksei se giró, sorprendiéndose al verme.
— Arian —
La expresión de su rostro era mejor de lo que hubiera podido imaginarme jamás, su aspecto afligido, sus ojos rojos y sus lágrimas que se mezclaban con la lluvia que caía intensamente. Se abrazó a mí con calidez, no importó la intensa lluvia cayendo sobre nosotros, sentí como su respiración se agitaba mientras lloraba y como sus manos estrujaban la camisa de mi uniforme. Pasaron unos minutos hasta que se calmó y se separó.
— Gracias por venir — dijo con una sonrisa triste y yo apenas podía respirar, mi corazón se había acelerado y mi mente apenas pudo mantener el hilo de la conversación.
Me despedí y salí corriendo hacia mi casa. Entré, me quité la ropa y me tiré en la cama mientras me masturbaba pensando en él. En mi imaginación Aleksei no estaba arriba mío ni tampoco abajo, no gemía, ni se desnudaba, ni se tocaba, él solo lloraba.

— ¿Sabes en qué pienso cuando me masturbo, Lyosha?
— Como si me interesara —me contestó Aleksei mientras daba vuelta a la página de su libro.
—Pienso en aquella vez que lloraste en el cementerio, te veías precioso con esa expresión en tu cara

No me contestó, solo se acomodó sus lentes y siguió leyendo.
Aleksei se sentía diferente al resto de las personas, por esa misma razón no le interesaba lo que los demás pensaran. Sabía que nadie normal podría entenderlo, su mente no funcionaba de la misma manera que los demás y eso se podía probar con su afición por las cicatrices y costras, nadie en su sano juicio se emocionaría o se excitaría viendo una quemadura o tocándola. Tal vez por eso se había pegado tanto a mí, él estaba tan roto como yo y eso nos mantenía unidos.

— ¡Ey! Arian, Dime ¿Eres gay?
Levanté mi cabeza del pupitre y me encontré con un estudiante de cabello rubio que me miraba con una sonrisa soberbia en su cara. Una risa se escuchó detrás de él y otro estudiante asomó la cabeza para observarme. Acababa de terminar la clase de Literatura y la mayoría de los alumnos habían salidos al patio, solo un grupo reducido nos habíamos quedado descansando dentro
— Te vimos saliendo con un viejo de un hotel ¿Enserio eres capaz de comerte a un viejo decrepito como ese?
—No hables mal de él, debe ser su novio. —se burló el rubio
— No lo creo, te debieron pagar ¿Verdad? No podría acostarme con ese tipo aunque me pagaran un millón de dólares.
Maldije mi mala suerte. Me levanté de mi asiento llamando la atención del resto de estudiantes que estaba cotilleando alrededor, todo el mundo me observaba impaciente, esperando ver cuál sería mi reacción, Aleksei me observaba también preparado para detenernos si el asunto se salía de control. Sujeté de la camisa al estudiante rubio, que se
llamaba Gueorguiy, e hice algo que nadie esperaría, lo besé. Sus labios se entreabrieron sorprendidos tratando de recuperar el aire, yo aproveché y metí mi lengua en su boca; mis manos se deslizaron por el cierre del pantalón y se colaron entre sus piernas, sentí como mis dedos se hundían en sus testículos y como un chillido de dolor salía de sus labios.
— ¡Suéltame! —gritó tratando de separarse, pero yo lo sostuve bien fuerte de su cintura.
Una risa estrepitosa brotó de mi garganta, no podía dejar de reír como un desquiciado. Su cara se había puesto roja de la ira, levantó su puño preparándose para pegarme pero nos separaron.
Sentí el cálido cuerpo de Lyosha sosteniéndome y el dulce aroma de su cabello, y por un minuto quise quedarme así por siempre. Mi risa cesó y una calma silenciosa sobrevino.

Definitivamente hay algo malo en mí, desde pequeño lo supe. No sé qué fue lo que lo causo pero algo se rompió dentro mío en algún momento, tal vez fue la indiferencia de mi madre, o la ausencia de mi padre, pudo haberlo causado mi relación con el pedófilo sádico de Yegor. Tal vez no fue ninguna de esas cosas y siempre fui así. No culpo a nadie por mis malas decisiones ni por mis desagradables hábitos, no tengo resentimientos contra ninguna de las personas que fueron parte de mi vida, no creo en la culpa ni en la empatía y las cosas debieron ser así porque el mundo es así y todo es un asco. Nunca me planteé haber podido tener una vida diferente o haber sido otro tipo de persona, porque a pesar de lo torcido y jodido que esté, me gusta ser así.

Estuve una semana expulsado por haberme involucrado en una pelea dentro de esa escuela. Durante ese lapso, Aleksei había comenzado a salir con una compañera de nuestra clase y la noticia me había caído muy mal. Algo que debo rescatar de mí es que soy un muy buen actor, no importa

cuán destrozado y perdido esté por dentro puedo lucir como la persona más feliz y despreocupada que pueda existir, y eso es lo que hice. Mientras él se divertía con su puta de turno, yo me encontraba en el apartamento donde vivía haciéndome la quinta paja del día. Levanté la mirada y me encontré con unos billetes arriba de la mesa, mi madre había pasado por el lugar y me había dejado un fajo de dinero antes de desaparecer nuevamente por otro mes, no era mucho pero al menos no pasaría hambre.
Iba a morir ahogado en mi propio semen si no hacía algo, por lo que salí en busca de Yarik y su grupo de matones. Cuando llegue a su casa, el Bratva me abrió la puerta y me dedico una sonrisa burlona.
— ¿Tanto me extrañas que no puedes esperar a que te llame?
— Cállate —dije dedicándole un mirada molesta, no estaba de humor para soportar sus estupideces.
Enseguida me arrepentí, sabía que no me convenía tener esa actitud con él y que podía costarme caro mi atrevimiento. Para ellos no era más que un pedazo de carne en donde meter su pene, un agujero con el que podían jugar y desahogar sus frustraciones y sus deseos reprimidos.
Yarik se apartó y me dejó pasar. A pesar de lo que se pueda pensar de un hombre que vive una vida inmoral en los barrios bajos, la casa del Bratva se encontraba sumamente limpia y ordenada, sin embargo, era bastante precaria. Sus cañerías estaban algo oxidadas y la pintura de la pared estaba descascarada, su cocina debía tener al menos unos treinta años y sólo funcionaba una hornalla, tampoco tenía muchos muebles, unos colchones en la sala para cuando sus subordinados pasaban la noche allí y una mesa con unas sillas. Arriba había dos habitaciones, una pertenecía a Yarik y otra que estaba vacía por el momento, pero sabía que lo usaba su hermana cuando lo visitaba
Sentí como sus manos me tomaban de la cintura y me dirigían hasta un colchón que estaba en la sala, hundió mi cabeza en el colchón y sentí su peso sobre el mío. No estábamos solos, a un costado del colchón se encontraba un hombre de aspecto desarreglado fumando hierba, lo conocía de alguna otra ocasión. El hombre me sonrió mientras tomaba otra pitada de su cigarrillo, me gustaban sus ojos celestes, eran tan claros que parecían transparentes, sus pupilas dilatadas le daban un aspecto extraño, como si fuera un ser de otro planeta.
Yarik me bajó los pantalones y sentí la presión de su pene tratando de entrar en mi interior. El hombre a mi costado abrió sus piernas y se bajó la cremallera liberando su miembro, enseguida comenzó a tocárselo. Me gustaba sentir la presión de esa verga desgarrándome, era un dolor que me excitaba, me ponía a mil. Mis manos se hundieron en la tela del colchón con una fuerza tal que sentí como esta se iba rasgando de a poco, podía escuchar la respiración entrecortada del hombre a mi costado y los jadeos de Yarik y su aliento en mi nuca.
Yarik me tomó del cabello obligándome a levantar la cabeza.
— Su boca esta libre —Le ofreció al hombre a mi costado para que pudiera desahogarse
El tipo dudó por unos segundos pero luego se levantó y apagó el cigarrillo

en la pared. Acercó su pene a mi boca y yo lo recibí, en un principio me dejó hacer lo que quisiera, yo lo lamí como si se tratara de una paleta, chupé la punta y luego me lo metí a la boca. Sentí como el Bratva aceleraba sus embestidas, su subordinado sonrió con complicidad tomando mi cabeza y comenzando a mover su pene de una forma brutal siguiendo el ritmo que estaba imponiendo Yarik. No podía respirar ni moverme, no pude evitar que mis ojos derramaran unas lágrimas, me agité tratando de liberarme del agarre del Bratva pero una punzada de dolor hizo que me quedara quieto. El tipo saco su pene repentinamente y yo tomé una bocanada de aire aliviado, escuché como se reían y en ese momento sentí un fuerte dolor en mi mejilla, el tipo me acababa de pegar un puñetazo en el rostro. Tardé unos segundo en recobrarme, todo daba vueltas y sentí como un hilo de sangre bajaba por mi nariz hasta mi mentón, la dureza dentro mío se sacudió y un gemido contenido me hizo saber que Yarik estaba a punto de venirse. Levanté la cabeza, el hombre frente mío se masturbaba con rudeza, tomó mi rostro y lo acercó a su verga, vi cómo comenzaba a salir semen de su punta, y el líquido blanco y espeso cayó en mi rostro.
Unas cuantas embestidas más hicieron que el Bratva se desplomara sobre mí satisfecho.

---

[1] Bratvá — Mafia rusa

Capítulo 2

II. Las personas están llenas de contradicciones

No soy gay…
Me gustan las mujeres y puedo tener relaciones con ellas sin ningún problema, me gustan los senos y sus curvas, pero ninguna podría darme el placer que me provoca ser dominado por otro hombre, la fuerza, su excitación animal y agresiva, el fuerte olor de su transpiración pegándose a mi cuerpo, el vello de la barba raspando contra mi piel, son cosas que jamás obtendría estando con una mujer...
Cuando estaba en tercer año tuve mi primera vez con una compañera del instituto, tengo una ligera tendencia al sadismo y cuando estuve con ella esa faceta mía explotó liberándose completamente. Ella gritó y lloró tanto que eso hizo que perdiera todo interés en el sexo heterosexual y me metiera más y más en relaciones homosexuales.

Aleksei se encontraba caminando delante, era un día lluvioso y acabamos de salir de clase. Junto a él, aquella mujer le sostenía la mano mientras caminaban cubiertos por la protección de un paraguas.
— ¿Quieres venir con nosotros a tomar algo? —me preguntó mi amigo.
— No gracias, prefiero ir a mi casa y hacerme una paja… — «Pensando en tí» —agregué en mi pensamiento
La chica hizo una mueca de disgusto y Lyosha se encogió de hombros y la abrazó dándome la espalda.

Cuando cumplí once años mi padrastro dejó de tratarme con amabilidad y se volvió violento, me golpeaba y abusaba de mí de una forma brutal, le encantaba dejarme marcas con su cigarrillo y atarme a la cama. Pero cuando crecí y mi cuerpo cambio al de un hombre, dejó de tener interés en mí, mi cuerpo ya no era el de un niño pequeño, seguramente debió haber odiado que madure.
Luego de mi padrastro, tuve varios encuentros casuales con diferentes hombres, primero fue con un amigo de Yegor, este me presentó a otros hombres con su mismo gusto. Ellos me daban dinero y me regalaban cosas, ropa, relojes, juegos que tal vez nunca hubiera podido comprar de otra forma.
Cuando conocí a Alksei deje de verme con estos hombres, ya no me apetecía hacerlo. Nunca quise admitirlo, pero era la primera vez que sentía algo así, quería lastimarlo y hacerlo llorar, pero si alguna vez me rechazaba no sabría qué hacer, me dolería tanto que no podría soportarlo. Claramente ese era un sentimiento al que no estaba acostumbrado y nunca lo había experimentado antes.

Tampoco recibí visitas de mi madre. Si bien Yegor había sido una compañía al menos en los primeros años, también había sido una mala influencia para ella, él había sido quien la había introducido en el mundo de las drogas y el alcohol, y había tratado de alejarla lo más posible de mi lado, quería que mi madre se distrajera y no prestara atención a las cosas que sucedían en su casa, como el hecho de que su hombre se acostara con su hijo pequeño. Cuando Yegor la dejó ya estaba demasiado metida en toda esa mierda como para volver atrás, cada vez se ausentaba más, casi nunca venía a dormir y sus visitas se hacían menos frecuentes.

Los últimos días de secundaria fueron una mezcla de sensaciones extrañas que traté de ignorar como pude. Por supuesto la cercanía con Lyosha no ayudaba a mi inestable estado emocional. Mi compañero se encargó de recordarme lo agradecido que estaba por ser su mejor amigo, él estaba consciente de que no era normal y agradecía la comprensión que yo había tenido con su extraña fascinación por las cicatrices. Por supuesto que tampoco era quién para juzgarlo. Con su poco tacto me recordó lo sólo que me encontraba y lo raro que era, yo me reí, me burlé de él y su cursilería y finalmente me fui a mi casa. Me senté en el borde de la ventana y lloré mientras veía como el sol se ocultaba entre los edificios. Lloré como nunca en mi vida había llorado, por todas aquellas veces que había callado mi llanto y había silenciado mis pensamientos, lloré por amor, un amor que sabía que jamás podría tener.

Capítulo 3

III. Un labio partido y un ojo morado, es lo mínimo que puedes esperar que suceda cuando se juega con los Bratva

Luego del instituto no volví a ver a Lyosha por el simple hecho de que no nos volvimos a cruzar. Ninguno de los dos tenía el teléfono ni la dirección del otro, podría haberla conseguido si me proponía pero no tenía sentido hacerlo ¿Qué podía ganar si lo volvía a ver? Sabía que solo me llenaría de frustración y sentimientos que no me interesaba tener.
Nunca aspiré a nada grande en mi vida, nunca quise ser alguien reconocido ni tener una carrera, realmente no me importaba eso. Tampoco es que tuviera muchas oportunidades de un futuro brillante, mi madre apenas me pasaba un dinero para que pudiera sobrevivir y no creo que le interesara mi futuro en absoluto. Tampoco tenía muchos deseos de vivir una vida larga y prosperar como lo quisiera la mayoría de las personas, me aterraba la idea de envejecer y tampoco me veía con un trabajo estable o con una familia.
Hice lo que mejor sabía hacer: Autodestruirme, dejarme llevar y hacer lo que se me diera la jodida gana.
Comencé a verme con Yarik con más frecuencia, el Bratva solía hacer reuniones del grupo todos los jueves, y ese jueves en especial habría una gran celebración por el cumpleaños de su jefe, Giyena, uno de los hombres que lideraba en el bajo mundo.
— ¡Arian! Hacía tiempo que no te veía por aquí. — dijo un hermoso joven colocándose a mi lado, llevaba un tapado negro y una bufanda roja cubría su boca, pero pude adivinar que una sonrisa estaba dibujada en su rostro.

Yo no le respondí, di una última pitada a mi cigarrillo y lo apague en mi bota. Ya nos conocíamos de otras reuniones de los Bratva, era la putita personal de Giyena y este lo llevaba a todas las fiestas disfrazándolo como uno de sus subordinados. Su nombre era Luka y era hermoso, esa era la palabra para describirlo. Nunca me interesó el aspecto de las personas, me acostaba con cualquier hombre, no me importaba si era gordo o flaco o calvo si podía cumplir mis expectativas en la cama —que no eran muy altas— y realmente nunca sentí atracción física por nadie en particular, excepto por él, Luka era la belleza y el deseo personificados en un solo ser.
Froté mis manos para entrar en calor, había comenzado a hacer frío y mis ropas no eran apropiadas para esa temperatura. La reunión estaba bastante aburrida, habían comenzado una partida de póquer y las apuestas habían sido grandes, los Bratva no tenían tiempo de fijarse en sus putitas cuando estaba en juego su economia.
— ¿Me regalas un cigarrillo? —me preguntó observándome con sus hermosos ojos verdes, tomó su bufanda roja y se la quitó mostrándome

su rostro,
—Era el último que tenía… —le dije encogiéndome de hombros— ¿A Giyena no le molesta que fumes?
—A él solo le importa que sepa mover bien el culo y listo…— me respondió suspirando algo resignado— Realmente quería ese cigarrillo.
—Puede que Yarik tenga…
—Ya no importa… ¿No tienes frío? ¡Debes estar congelado! —opinó acercándose un poco más a mi cuerpo
—Tengo frío, pero no quiero volver a entrar todavía, hay mucho ruido allí adentro.
Luka apoyó sus manos en mi pecho subiendo hasta mi cuello
—Si quieres puedo calentarte…—dijo bajito pero insinuante.
Era muy tentador, realmente lo era, su piel blanca brillaba deliciosamente bajo la luz incandescente de los faroles que iluminaban la calle. Había entreabierto un poco sus carnosos labios y se veían muy apetecibles, llevaba un piercing en forma de aro a un costado del labio inferior, se lo lamió y luego sentí cómo su cuerpo se frotaba contra mí.
— ¿Y luego qué? ¿Nos escapamos a Luxemburgo a vivir de tus dotes artísticas? —bromeé apartándolo, sabía que acostarme con él significaba problemas.
En ese momento Yarik apareció. Había apartado a Luka, pero este todavía seguía demasiada cerca de mí como para parecer que sólo estábamos hablando. El Bratva me observó con una mirada reprobatoria y luego nos ordenó que entrásemos, la partida de póker había terminado y ahora se encontraban todos reunidos en la mesa comiendo vatrushka y tomando vodka.
Luka se acercó a Giyena y se sentó en su regazó, era un hombre canoso y corpulento, sus mejillas y su nariz tenían un tono rozado y poseía unos ojos redondos y pequeños que parecían dos círculos azules. Tomó a Luka por la cintura y lo presionó contra su cuerpo, le quitó la camisa ante la mirada de todos mientras lamía su cuello, la figura del joven irradiaba sensualidad, su piel lisa y blanca y aquellos lunares distribuidos estratégicamente en sus hombros hacían querer acariciar cada centímetro de su cuerpo. Repentinamente lo tomó del cabello y golpeó su cabeza contra la mesa de madera.
— ¿Dónde estabas? —le preguntó mientras tomaba el vaso de vodka y tiraba el líquido transparente sobre el menor.
No dio tiempo a que Luka le contestara, le bajó el pantalón y lo penetró sin vacilación. Luka se retorció bajo su cuerpo por unos instantes tratando de no pegar un alarido, pero ya estaba acostumbrado a aquel tipo de trato, sus mejillas comenzaron a sonrojarse, su cuerpo comenzó a moverse, lo estaba disfrutando igual que todos los que estábamos alrededor.
— ¿No quieres un poco? —dijo un hombre ofreciéndome la botella de vodka, era joven, alto y llevaba una barba de unos días adornando su rostro.
Sentí el inconfundible hedor a alcohol y no pude evitar fruncir mi nariz.
—No gracias —le dije apartando la bebida, sentía un fuerte rechazo al

alcohol porque me hacía recordar a mi madre.
El hombre se rió grotescamente. Menospreciar la bebida a un bratva no era una decisión inteligente si quería salir con vida de ese lugar, pero nunca me caractericé por tener un fuerte sentido de supervivencia. Sentí como me tomaba de la nuca y me tumbaba en el piso, comenzó a desvestirme, su cuerpo se refregaba contra el mio con ansias.
—Maldito marica —me insultó
El ardor y el dolor se expandieron desde mi columna vertebral hasta cada rincón de mi cuerpo y no pude moverme por unos minutos mientras sentía como su pene se enterraba dentro de mí. Sentía como se movía y hacía fricción en mi entrada haciendo que me excitara más y más, todo mi interior quemaba. Fue entonces cuando el peso encima mío desapareció y su miembro salió de mi interior. Levanté mi cabeza desorientado cuando vi como Yarik sostenía a aquel hombre del cuello.
—Imbécil, lo vas a ensuciar con tu semen…—le recriminó dándole un rodillazo en el estómago que hizo que el hombre no pudiera respirar, le volvió a patear y luego lo empujó para quitarlo.
—Métemela por favor —le pedí deseoso mientras me daba vuelta, el Bratva me observó con indiferencia pero yo sabía que lo deseaba al igual que yo.
Mordió la punta de su cigarrillo mientras se desabrochaba el pantalón, su pene duro me apuntaba completamente rígido. Se arrodilló y me la metió bruscamente. Sentí su peso encima mío, el aroma de su perfume mezclado con sudor inundó mis sentidos excitándome, su miembro me llenaba por completo haciendo que quisiera explotar.
—Quémame con tu cigarrillo…—le insistí ganándome un puñetazo en mi ojo izquierdo.
Tiré la cabeza hacia atrás y pude observar a Luka todavía encima de la mesa, gemía y se movía refregándose contra el cuerpo de Giyena pero su mirada estaba fija en mí, era una invitación, un desafío, quería que lo viera disfrutar, que lo deseara.
Eyaculé pensando en él y en cómo iba a disfrutar haciéndole daño cuando lo tuviera entres mis brazos...

Capítulo 4

IV. Una mariposa con las alas rotas

Cuando salí de allí ya era la madrugada, una tenue luz iluminaba el calmo paisaje de aquel viernes. Luka había conseguido su cigarrillo y ahora lo fumaba con gusto.
—Te estaba esperando—dijo con una energía que contrastaba con la tranquilidad de esas horas en la mañana.
Me tapé el rostro con las manos, esa luz hacía daño a mis ojos. No puede evitar realizar un gesto de dolor al tocar el corte en mi ceja, me lo había hecho Yarik cuando me había golpeado.
—Vaya eso parece doloroso …—opinó el rubio sonriendo.

Por más que Luka me tratara como si fuera un igual, había una gran diferencia entre nosotros, una que nos hacía sumamente distintos ante mis ojos y los de los Bratva. Luka cobraba un «sueldo» por sus servicios, especialmente por ser discreto y complaciente. Si bien dominar a un hombre y humillarlo a través del sexo no estaba mal visto entre los Bratva, tampoco era algo de lo que podía jactarse, pero Luka era tan apetecible que valía la pena arriesgar su imagen por él. Por esa razón Giyena quería que su putito estuviera limpio y bien vestido, le gustaba exhibirlo como una suculenta mercancía y que los demás lo desearan y lo quisieran, pero no lo pudieran tener.
Yo, en cambio, tenía sexo con ellos solo porque se me daba la gana, no recibía dinero de ellos, eso hubiera significado rebajarme a cumplir sus demandas y ser sumiso y obediente, pero no era así, yo era libre, estaba con quien quería, era irreverente, maleducado, audaz y eso me hacía más atractivo ante los ojos de esos hombres que buscaban por todos los medios dominarme y someterme.

El rubio tomó mi brazo con confianza ofreciéndome una sonrisa encantadora.
—No quiero volver a casa aún ¿Y tú?
—Tampoco —le contesté algo cansado, la habitación donde vivía no era exactamente mi lugar favorito en el mundo.
—Te invito una hamburguesa… —dijo sacando un fajo de billetes, seguramente Giyena le había dado eso por su buen desempeño.
Hubiera rechazado su invitación si no fuera porque estaba muerto de hambre. Desde hacía unos meses mi madre no había vuelto a aparecer y ya me estaba quedando sin dinero. Caminamos unas cuadras y nos metimos en un McDonald’s.
— ¿Y qué vas a hacer ahora? —me interrogó
— ¿Hacer con qué?

— Con tu vida… ahora que no vas más al instituto…
—No lo sé ¿Estudiar actuación?— bromeé
El rubio me observó sorprendido sin saber muy bien que decir, pensé que se burlaría de mí pero en vez de eso sonrió y me felicitó por esa elección.
—No creo poder elegir un trabajo mejor que ese para ti…

Luka era unos años más grande que yo, su madre había muerto de una enfermedad respiratoria cuando él tenía 14 años. Debido a este acontecimiento había tenido que dejar el instituto y comenzar a trabajar, primero en un taller tiñendo telas, luego en una distribuidora de hielo, y finalmente como camarero en un bar. No tardaron en lloverle ofertas de hombres buscándolo para algo más, para él era un dinero fácil, le gustaba ser el centro de atención y que la gente lo mirara, y descubrió que también le gustaba el sexo.
A pesar de su exitosa carrera como prostituto de la mafia, siempre deseó seguir sus estudios y por eso mismo se había emocionado casi hasta las lágrimas cuando se había enterado que me había graduado.

Nuestra conversación quedó en el olvido cuando un joven de cabello negro golpeó sus manos con fuerza sobre la mesa.
— ¿Fuiste de nuevo a aquel lugar? —le preguntó a Luka ignorándome por completo.
— ¡Dima!... Ven, siéntate con nosotros —le dijo el rubio mientras lo tomaba del brazo y lo obligaba a sentarse a su lado— Él es Arian, un amigo —rió nervioso señalándome.
—Un gusto —le saludé sin demostrar mucho interés, estaba entretenido devorando mi hamburguesa.
Levantó la mano en señal de saludo y luego volvió a dedicarle toda su atención a Luka.
—Te dije que no fueras allí—le reprochó en un susurró como si así pudiera evitar que yo escuchara.
Luka largó una carcajada —Te preocupas demasiado —dijo restándole importancia, para luego dirigir su mirada hacia mí — A Dima no le gusta que vaya a las reuniones de los Bratva
—No quiero que te hagan daño… Puedes encontrarte con esos tipos…
— ¿Con quiénes? —pregunté con curiosidad, todos los sujetos de los Bratva eran temibles pero no recordaba unos matones que resaltaran del resto que conformaba el grupo.
— Son dos hombres de cabello negro, gemelos idénticos, uno lleva el tatuaje de una sirena en su cuello y otro una daga en su puño izquierdo. Dima dice que ellos fueron los autores de la masacre del muelle que sucedió unos años atrás
—Nunca he visto ni oído sobre ellos.
Luka puso los ojos en blanco y me observó con fastidio.
—¡Arian! Tú nunca te enteras de nada. La masacre del muelle fue un caso muy conocido, unos integrantes del Bratva secuestraron a un grupo de

niños que salían de la escuela, abusaron de ellos y luego los mataron. Los malditos nunca fueron identificados y el caso quedó en la nada.
— ¿Eres un Bratva? —me pregunto el pelinegro con desconfianza. Su cabello largo le tapaba la mitad de su cara dejando a la vista solo un ojo de color azul, vestía de negro y tenía muchas pulseras y collares de plata que tintineaban cada vez que se movía.
—No lo soy, pero voy de vez en cuando a sus reuniones… a entretener.
La mirada del chico cambio a una más suave bajando la cabeza.
— ¡No dejes que Luka vaya más allí! Es peligroso para él y para ti. —me pidió
Limpié mis manos en una servilleta mientras terminaba de masticar el último pedazo de hamburguesa que me quedaba — ¿Ellos te hicieron algo? — le pregunté sin mucho tacto
El rostro del joven se trasformó, fue como si por un momento la vida hubiera abandonado su cuerpo y el terror hubiera entrado en su lugar.
— Yo…
— ¡Basta ya Dimitry! No quiero que hablemos más del tema —interrumpió Luka terminando así con el asunto — ¿Sólo has venido a regañarme o se te apetece algo más? —le preguntó de una forma sugerente haciendo que el pelinegro se olvidara por completo de mi pregunta y de todo lo anterior.
Sus mejillas se sonrojaron demostrando una timidez que me pareció muy dulce y buscó en el bolsillo de su chaqueta de cuero sacando unos billetes que depósito en la mesa.
Luka sonrió mientras tomaba los billetes y los contaba para luego guardarlos en un bolsillo de su pantalón. Acarició su rostro y se acercó al pelinegro uniendo sus labios en un lento y húmedo beso que hizo que un calor despertara dentro de mí. Un ahogado gemido salió de los labios de Luka mientras acercaba más a su cuerpo, las cosas se estaban volviendo bastante acaloradas cuando el rubio se apartó de Dima dando por terminado el asunto. Dima se quedó unos minutos observando la belleza de Luka, cerró los ojos tratando de contener aquel cúmulo de sensaciones que no lo dejaban pensar con claridad y se levantó de la mesa, para irse sin decir una palabra.
— ¿Te pagó solo por un beso?— le pregunté sorprendido
— Así es, siempre es lo mismo. Le he ofrecido que tengamos sexo, incluso le dije que no era necesario que me pagara, pero él no se atreve a tocarme.
No pude seguir indagando más en el asunto, comencé a sentir unas terribles náuseas y tuve que ir al baño a vomitar la hamburguesa que acababa de comer, ese alimento había sido demasiado para mi cuerpo al que apenas alimentaba. No tuve fuerzas para nada más, recuerdo la voz de Luka y luego una completa oscuridad y silencio.

Desperté unas horas más tarde desorientado, unos rayos de luz todavía se colaban por la ventana iluminando el dormitorio. Me encontraba en un cuarto desconocido, pequeño y viejo, y sumamente desordenado. Las paredes de la habitación, alguna vez blanca, ahora se encontraban

escritas y dibujadas, poesías y mariposas adornaban gran parte.
Levanté la cabeza y me encontré con la espalda de Luka, estaba sentado al borde de la cama, observé con detalle su silueta, unas gotas de su cabello mojado se deslizaron por su piel pasando por una hilera de lunares, debajo del omoplato se dibujaba el tatuaje de un naipe de corazones.
— ¿Ya despertaste? ¿Maldición Arian, sabes lo que me costó traerte hasta acá? Me debes el dinero del taxi. — dijo al darse cuenta que mis ojos lo observaban — Estaba por irme a lo de Giyena, te iba a dejar una notita— dijo mientras se ponía unas botas negras
— ¿Qué hora es?
— Ya son las cinco de la tarde, dormiste todo el día…
— Me duele la cabeza —comenté apoyándome en mis codos.
Luka se arrodilló sobre la cama y se tiró encima mío haciendo que volviera a acostarme del todo.
—Estas débil, hay sopa de pollo si quieres comer, la preparé hoy para cuando te levantaras.
—Me estás aplastando —me removí molesto tratando de quitármelo de encima pero no tuve éxito
El rubio se corrió un poco pero dejó su brazo sobre mí pecho.
— Puedes quedarte todo el tiempo que quieras
— Gracias —suspiré.
Las caricias de Luka comenzaban a hacer efecto, el placentero y excitante cosquilleo comenzaba a esparcirse por todo mi cuerpo.
— ¿No tienes que irte? —le pregunté al ver que las caricias no cesaban.
—Mmh… A la mierda con Giyena, quiero quedarme contigo…—dijo haciendo una mueca similar a la de un niño encaprichado
—No deberías jugar con fuego —le advertí, no sabía si estaba hablando de Giyena o de mí.
—Me gusta jugar con fuego —me dijo acercando su rostro al mío.
Lo tomé de la cintura y acaricié su espalda, el lanzó una suave jadeo que me hizo vibrar.
—El tatuaje de tu espalda…
El rubio se tensó y me lanzó una mirada incomoda, acababa de abrir un tema de conversación que lo ponía nervioso, a pesar de eso no dudó en contestarme, no le apenaba su tatuaje, incluso se mostró orgulloso de él.
—Giyena me hizo tatuármelo, es un naipe de corazones, la insignia de las putas en el código del Vor V Zakones [2]
Le hice girar un poco para que me mostrara el tatuaje nuevamente
—Me gusta —le dije, lo cierto es que iba muy bien con su personalidad.
—Si quieres puedo decirle a Vadim que te haga uno…
— ¿Vadim fue quien lo hizo? ¡Vaya! No sabía que ese mastodonte fuera tan bueno con las manos
—También se mueve bien en la cama— sonrió Luka con picardía mientras volvía a acercarse a mí, se abrazó a mi cuello y dejó un suave beso en mis labios que luego se encargó de convertir en uno fogoso y sensual.
Había imaginado varias veces ese momento, Luka era una fantasía, un deseo que se me había prohibido por ser propiedad de Giyena, que había

tratado de esquivar para no meterme en problemas, y ahora lo tenía rendido ante mí, deseoso por que hiciera con él lo que se me antojase. Lamí sus labios, jugué con su lengua, violé cada rincón de su boca, pero no sentí nada, besarlo fue como besar la nada misma, un vació hueco que reflejaba mi alma. Y en lo único que pude pensar en ese momento mientras besaba esos labios, fue en aquel extraño muchacho de cabello negro que se nos había acercado en el McDonald's y su expresión de terror cuando le pregunté sobre esos hombres, era un sentimiento que conocía muy bien, lo podía ver en sus ojos azules, Dima estaba igual de roto que yo.

_____

[2] Vor V Zakone —es una expresión vinculada con personas involucradas en el crimen organizado que son de origen ruso/soviético.

Capítulo 5

V. Reflejo

Observé mi reflejo en la vidriera de aquel negocio, no me veía para nada bien, mi nariz no paraba de sangrar y me dolía, y mi mejilla y ojo se estaban comenzando a hinchar, las personas me miraban con desconfianza confundiéndome con un borracho o un mendigo y cruzaban a la otra vereda esquivándome.
Acababa de volver de la casa de Yarik, el Bratva no había tenido el mejor de los días y se había descargado moliéndome a golpes. La falta de sueño y hambre no ayudaban a mi aspecto, ya casi no tenía dinero y le debía la renta de tres meses a la casera, si no la conseguía para fin de mes seguramente me echaría a la calle.
— ¿Arian? —escuché una voz que me llamaba
Giré la cabeza y me sorprendí al encontrarme con Dima, tenía la cara destrozada a pesar de eso el maldito me había reconocido. Di la vuelta tratando de hacerme el desentendido, lo que menos quería es que me viera en ese estado tan patético, pero en vez de seguir su camino, corrió hasta quedar a mi lado.
— ¿Qué te sucedió? ¿Estás bien? ¡Deberíamos ir al hospital!
— No es nada, no es la primera vez que me dejan así la cara. —le traté de tranquilizar, lo que menos quería era llamar más la atención.
— ¿Fueron esa gente del hampa[3]? Te dije que era peligroso, no quiero que le suceda lo mismo a Luka ¡Debes ayudarme a convencerlo de que lo deje!
— ¡No entiendes nada! —Le grité, no era el mejor momento para probar mi paciencia — ¡No entiendes una maldita mierda! ¡Eres un idiota!
Dima se quedó mirándome sin comprender. Giré mis ojos en señal de hastío y seguí caminando, al menos así me desharía de él de una vez por todas. Pero en contra de todo pronóstico, el pelinegro no se dio por vencido y me siguió hasta mi casa.
—No me iré de aquí hasta que me expliques las cosas… —dijo parado frente a mi puerta.
Di un portazo cerrando la puerta en su cara, me quité mi abrigo. Me observé en el espejo del baño, mi rostro estaba ensangrentado y mi mejilla había comenzado a ponerse violeta. Lavé mi cara y tomé unos cubitos de hielo del refrigerador para colocármelos en la mejilla.
— ¡Arian!— Escuché a Dima detrás de la puerta — ¡Ábreme!
No quería seguir escuchándolo, lo último que me faltaba era tener más problemas con la casera por hacer mucho ruido.
— ¡Sólo quiero que me dejes en paz! —dije al mismo tiempo que abría la puerta
—No lo haré hasta que hablemos

—Entonces hablemos de una vez
Le hice una seña para que pasara, él dio unos pasos para luego quedarse quieto en medio de la sala, esperándome en silencio.
—No debes preocuparte por tu querido Luka, está bajo la protección de un Obshchak[4], nadie se atrevería a tocar la propiedad de un cobrador ¿Contento? Ahora ya puedes irte…—le expliqué
—Ellos sí Arian, a los gemelos no les importará —. El temblor en su voz hizo que dudara.

Cerré la puerta y me acerqué, quiso apartarse pero no lo hizo. Acaricié con la yema de mis dedos su mentón y seguí el camino por su mejilla apartando su cabello negro y dejando su rostro al descubierto, una horrible cicatriz cruzaba su mejilla derecha, comenzando desde su pómulo hasta su mentón
— ¿Ellos te hicieron esto?—le pregunté
—Me hicieron mucho más que eso, ellos destruyeron mi vida. No quiero que le hagan lo mismo a Luka, no quiero que él pase por algo similar a lo que yo pasé. Se está metiendo en un terreno muy complicado, yo sé que él no lo podrá soportar.
Mi cuerpo tembló al escucharlo, él removió algo dentro de mí, hizo que las memorias que tenía dormidas despertaran.
—De verdad te importa…
Dima asintió, una sonrisa triste apareció en su rostro.
—Así es, pero sé que para él no soy más que alguien con quien pasar el tiempo. En cambio a ti te ve con otros ojos, te desea.
Volví a acariciar su mejilla.
—No debes preocuparte por mí, no te robaré a Luka, él no es quien me interesa —le dije mientras acariciaba sus labios con los míos.
Dima no contestó mi beso pero tampoco se apartó, se había quedado petrificado. Creo que nunca se hubiera imaginado que yo le besaría.
Volví a besarlo, esta vez él me respondió, pude notar cierta ansiedad en sus movimientos, me pegué más a él acariciando su cintura con suavidad.
El rostro de Dima era muy simple, no decía nada, era pálido y ojeroso, lo único rescatable eran esos ojos con ese hermoso color azul que tenía.
Tampoco su cuerpo era muy interesante, demasiado flaco y pequeño y plano. A pesar de eso los besos que me di con él me llenaron de deseo.
Levanté su camiseta y quise comenzar a desnudarlo pero él me frenó. No faltó que me dijera nada, enseguida supe que las cosas nos pasarían de unos cuantos besos. Lo tomé de la mano y lo llevé hasta al colchón que se encontraba en mi habitación, era una de las pocas pertenencias que todavía seguía conservando, todo lo demás lo había vendido para comprar comida. Nos tiramos encima y nos quedamos allí en silencio besándonos por horas hasta que nos quedamos dormidos.

Dima se quedó en mi casa por el resto de la semana, curó mis heridas, me cocinó, incluso me ayudó con dinero para poder pagar la renta que debía. Cualquiera podría pensar que esto significaría el comienzo de una relación, pero nada estaba más lejos de la realidad. Tanto él como yo

estábamos estancados en nuestro círculo de dolor y obsesión, era imposible para nosotros concebir siquiera la idea de ser felices. Tampoco resultó buena idea vivir juntos, nos potenciábamos de una forma autodestructiva, odiaba su autocompasión, su miedo y su soledad, odiaba ver como se arrastraba con Luka por un poco de afecto, pero a la vez no podía evitar quererlo como si fuera una parte de mí. Yo hacía lo que estaba a mi alcance para hacerlo sentir miserable, lo trataba mal, le decía cosas crueles y luego me retractaba y le pedía perdón, implorándole que se quedara, prometiéndole que sería la última vez que lo trataría así, para luego unas horas más tarde, volver a menospreciarlo. Éramos dos idiotas lamentándonos por nuestra mala suerte en el amor, dándonos consuelo con besos y caricias. Los días se pasaban entre silencios, cigarrillos y compañía, parecía que no existía nada más que nosotros, pero a la vez no aguantaba un minuto más encerrado allí.
Una tarde lo encontré revisando unos libros que tenía en un estante, un diccionario de palabras africanas que mi padre tenía de su época de universitario, lo había conseguido gracias a un amigo que había viajado al exótico continente y siempre fue una de sus más preciadas y amadas joyas literarias. Cuando nos abandonó me lo dejó como obsequio, era uno de los pocos recuerdos inocentes que poseía de mi niñez, las horas que me pasaba con mi padre buscando lo que significaban los intrincados sonidos que me enseñaba. Dentro del libro había una foto, la única que existía de esa índole, una mujer y un hombre con un niño en sus brazos.
— Tu madre era hermosa. —comentó Dima contemplando la fotografía.
— Lo sigue siendo —. A pesar de las drogas y el alcohol que la habían opacado un poco.
— ¿Ese niño eras tú? ¡Tenías el cabello tan claro! Y una carita tan dulce…
Observé la fotografía por encima de su hombro, mi cabello se había oscurecido conforme habían pasado los años, cuando era pequeño era de un brillante color anaranjado, ahora se había vuelto de un castaño caoba, el mismo color de mi padre.
— ¿Ese hombre es tu padre?
Examiné los rasgos del hombre en la fotografía, esa foto me traía muchos recuerdos, no pude contener un suspiro mezcla de anhelo y tristeza.
— No, él es Yegor, fue mi padrastro por un tiempo…
— Él fue quien te hizo como eres… —dijo Dima sin mucha duda, podía leer mis pensamientos con facilidad, eso fue lo que siempre me fascinó y sorprendió de él, siempre comprendió cómo funcionaba mi cabeza.
— Así es…
Tomó mi rostro y besó mis labios con suavidad. Lo aparté con brusquedad,
— No quiero tú lástima, no soy como tú, lamentándome por los rincones el hecho de que dos tipos me la metieran sin mi consentimiento. Eres patético.
El rostro del pelinegro se transformó por completo, esas palabras le habían hecho mucho daño.
— ¡Estás muy equivocado Arian! ¡Realmente los estás! Esos hombres no solo me violaron e hirieron, ojalá hubiera sido sólo eso. Ellos abusaron y

mataron a mis amigos y me dejaron vivir para que recuerde aquel día y sus muertes, y lo débil e impotente que me sentí.
Me quedé en blanco y por un minuto sentí como mi ser entero se sacudía. no sabía qué hacer, no sabía cómo consolarlo de una forma que no fuera vana y superficial, no sabía cómo demostrarle cuanto me dolía escuchar su miseria, como me dolía no poder hacer nada para hacerlo olvidar. Lo dejé sólo y me fui, era muy bueno para escapar de mis responsabilidades, de mis sentimientos, de mí mismo, toda mi vida me la había pasado huyendo de mis recuerdos, tratando de ignorar y restándole importancia a todo.

Decidí aparecerme en lo de Yarik.
Releyendo mis memorias, me he dado cuenta lo poco que he hablado de él, sólo lo he usado para hablar de mis experiencias sexuales. Pero por más que me gustaría pensar que solo fue eso, Yaroslav Mijáilovich Vorobiov fue un hombre muy importante en mi vida, tal vez la única persona que llegó a conocerme por completo y que amó —a su manera— la forma más verdadera y pura de mí, con toda mi oscuridad y mis demonios. Ambos nos entendíamos y comprendíamos de una forma única. En mí, el bratva encontró una persona con la que podía descargar su locura contenida de años de estar en la calle viviendo en la brutalidad de aquel mundo. A su corta edad se había convertido en un «Brigadir[5]» gracias a una estricta disciplina y gran maestría para mantener al margen a los voyeviki[6] , era un líder nato, sabía cómo manejarse dentro del círculo, cuando mostrar respeto y cuando hacerse respetar, pero aquel ambiente también lo había convertido en alguien violento y explosivo. Yo era su desahogo, podía golpearme y patearme, podía destrozarme la cara y quemarme con sus cigarrillos, y yo nunca lo vería con odio, ni con miedo. En mí, él descargaba toda su frustración y gracias a mí se había convertido en alguien capaz de convivir con los demás como lo hacía con su hermana o con sus subordinados, gracias a mí logró mantener la cordura y por eso él siempre estuvo agradecido.
— ¿Qué haces aquí? —me preguntó sorprendido cuando abrió la puerta de su casa. Se veía delicioso con su torso desnudo y un pantalón deportivo. Su cabello rubio estaba mojado, parecía que acababa de salir de la ducha.

No le contesté, solo me colgué de su cuello y empezamos a besarnos. Después de una semana de sólo caricias, lo que más quería era subirme encima de ese cuerpo y empalarme contra su miembro.
— No…— susurró mientras me separaba. —No puedes pasar, está mi hermana.
No le hice caso, volví a morder sus labios con desesperación, estaba hambriento. Sentí como Yarik dejaba de resistirse y sus manos acariciaban mi cintura apretándome contra su cuerpo.
— No haré mucho ruido, lo prometo —dije bajito y volví a besarlo antes de que pudiera comenzar a pensar y me echara. Ardía en deseo y era capaz de cualquier cosa por conseguir un poco de alivio.
— Está bien — dijo volviendo a apartarme, tomó mi mano y me arrastró

dentro —Sólo… no hagas ruido…—
Me acorraló contra la pared, sentí como comenzaba a frotarse contra mí con ansias. Mis piernas se enroscaron en sus caderas quedando en el aire, sus manos enseguida se posicionaron en mi trasero manoseándolo mientras los dos nos movíamos tratando de generar el mayor contacto posible contra el cuerpo del otro.
Sentí como me bajaba los pantalones mientras yo liberaba su verga de sus pantalones, y estaba a punto de metérmela cuando un fuerte ruido de vidrió rompiéndose se escuchó desde el segundo piso. Los dos nos detuvimos y nos observamos, Yarik se apartó de mí y salió corriendo, yo me acomodé los pantalones y lo seguí.
Lo vi entrar a una de las habitaciones de arriba de donde provenían unos sollozos.
—No es nada, yo lo limpio… …—escuché que decía con una voz suave, muy diferente a la que usaba conmigo.
Quise acercarme un poco más para ver lo que pasaba en la habitación. El rubio estaba arrodillado frente a una mujer limpiando el piso mojado, si hubiera sido otra persona, me hubiera burlado de Yarik. Observé a la muchacha, llevaba su cabello rubio bien corto y su flequillo apenas le tapaba la mita de la frente, parecía uno de esos muñequitos de playmobil que tenía cuando era niño, era muy delgada y pálida y tenía todas las manos lastimadas y llenas de cortes. Levantó la mirada y la dirigió hacia mí, unos ojos verdes me examinaron con curiosidad mientras se secaba las lágrimas con la manga de su jersey púrpura.
— ¿Quién es él?— preguntó intrigada
— Nadie. Un amigo. —comentó Yarik, demasiado nervioso como para que ella le creyera.
— ¿Hemos dejado de coger por esto? —dije, estaba triste y molesto y lo único que quería era olvidarme del mundo por un rato, pero esa mujer idiota había frustrado mi momento de desahogo de una forma estúpida.
Ella me observó descolocada, parecía espantada, pero luego comenzó a reír.
— ¡Yarik! Este amigo tuyo es muy interesante —dijo la mujer con una extraña mirada en su rostro
El bratva tomó los vidrios del vaso que se había caído y el trapo, y colocó todo en un tacho, luego me tomó fuertemente del brazo y me arrastró fuera de la habitación.
— ¡Lárgate!
— ¡No! — Le confronté— Quiero quedarme contigo.
Volví a sentir su mano apretando mi brazo, arrastrándome hasta llegar a la puerta, el bratva estaba tan avergonzado que lo único que quería era que desapareciera de su vista, tal vez debí a agradecer que esa mujer estuviera presente, si no hubiera sido así, seguramente me hubiera molido a golpes. Antes de que pudiera decir algo me empujó fuera y cerró la puerta dejándome en la calle. Suspiré resignado a mi mala suerte y decidí volver a casa y dormir.

Capítulo 6

VI. Las Banias

Estaba a dos cuadras de casa cuando un lujoso Mercedes negro se estacionó a mi costado.
— ¡Arian! ¡Maldición Arian! Hace dos horas que estoy tratando de comunicarme contigo. —la ventana trasera del auto fue bajando y una cabecita rubia que conocía muy bien apareció.
— Si eres idiota Luka, sabes que no tengo celular.
— Por eso llamé a Dima ¿Crees que ese niño no me iba a contar que está quedándose en tu casa? Su tía está preocupada por él.
— Él ya tiene dieciocho, es un adulto y puede hacer lo que quiera. Sólo porque nos llevas unos años más piensas que puedes tratarnos como bebés.
—¡Son unos bebés! ¡Unos malditos niños salidos!
— Y tú te estas volviendo un viejo cascarrabias, igual que Yarik ¿Tienen la misma edad cierto? ¿Cuántos eran? ¿23 años?…
— ¡Cállate! Para algunos de mis clientes todavía tengo dieciséis
— Esos tipos están ciegos.
— Deja de hablar y sube al auto imbécil. —dijo tomándome del brazo y tirándome dentro del auto a través de la ventanilla. Terminé sobre su regazo en una posición bastante extraña. El rubio se abalanzó sobre mí y quedamos acostados en el asiento con nuestros rostro muy cerca, sentí sus labios sobre los míos.
— Necesito un favor —dijo manteniéndose sobré mí.
— Dilo de una vez…
— Tengo un cliente que le gusta mirar, quiero que lo hagamos mientras nos mira.
— Sabes que no me interesa ese tipo de cosas.
— Paga muy bien, por favor Arian, sé que necesitas el dinero.
Largué un suspiro y me levanté haciendo que el rubio se tuviera que sentar también.
— No te estarás enamorando ¿Cierto? —pregunté con ciertas dudas.
Era extraño que Luka estuviera tan interesado en un trabajo y que incluso me pidiera ayuda a mí. Si bien en muchos aspectos, el rubio era muy hábil y más perspicaz e ingenioso que yo, también era mucho más inmaduro y vulnerable, podía llegar a tratar a cualquiera con una frialdad y dureza inigualable como podía sumergirse en la melancolía y la fantasía. Veía gentileza y amor donde no lo había y solía confundirlos con el capricho y deseo de hombres que solo querían llevarlo a la cama.
Mi compañero se quedó en silencio, sus mejillas se sonrojaron y observó a otro lado tratando de restar importancia a mi comentario.
— No es así idiota, yo también necesito el dinero —dijo de una forma poco convincente. Sonrió y me hizo un gesto restándole importancia, y luego me atrajo hacia él besándome nuevamente. El auto hacía tiempo había

comenzado a moverse, pero yo no me había enterado, las manos de Luka acariciaban mi miembro con una excitante lentitud. Cuando el auto volvió a pararse yo apenas podía mantener la cordura, el rubio sabía exactamente cómo moverse para enloquecerme. Tomó mi mano y me guió fuera, nos encontramos frente a un lujoso edificio, en la entrada había dos temibles hombres con traje que nos escoltaron hasta el último piso, Luka se estaba metiendo con un «pez gordo» de la Bratva y no creía que a Giyena le hiciera mucha gracias eso, pero como ya he dicho, ninguno de los dos nos caracterizábamos por tener un alto sentido de supervivencia.
Entramos a unos vestidores. Apenas nuestros escoltas nos dejaron solos Luka comenzó a desvestirse.
—Anda, tenemos que prepararnos primero. —dijo pero yo no me moví, me quede observando su deliciosa figura, su largo cabello rubio caía por sus hombros dándole un aire andrógino; su cuerpo era perfecto, varonil, algo delgado pero con suficiente músculo; era un poco más alto que yo, fue algo que siempre me fastidio de él pero yo lo compensaba con una espalda más ancha y un porte más masculino. Sus ojos verdes me observaron con picardía mientras se acercaba a mí.
— ¿Quieres que te desvista? —me preguntó. No alcancé a responderle cuando sentí como tiraba de mis pantalones y mi bóxer descubriendo mis genitales, y luego me quitaba la camiseta con un solo movimiento.
Entramos a las «Banias[7]», nos quedamos unos minutos en el sauna, estábamos prácticamente solos exceptuando por unos hombres de mediana edad, la mayoría tenía tatuajes de crucifijos en sus pechos y estrellas en sus hombros señal de que eran de alto rango dentro de las esferas de la mafia. Tratamos de no llamar su atención, Luka parecía apurado por llegar a los cuartos, pero cuando uno trabaja con los Bratva, hay ciertas costumbres que se deben respetar y las Banias son una de ellas, para aquellos hombres, estar ahí no solo significaba limpiar su cuerpo sino también hacer sociales, negocios y demostrar su estatus dentro de la comunidad, era algo sagrado.
Nos enjabonamos y luego nos metimos en unas piletas de agua fría, odiaba esa maldita costumbre rusa, pasar del calor del sauna a aquella agua helada me quitó toda la excitación pero también hizo que me despabilara, algo que necesitaba ya que eran las 3 de la mañana.
Mi compañero me vio tiritar y se pegó a mí.
— ¿Enserio Arian? Pensé que no eras un bebé.
— No me gustan las Banias, prefiero un jacuzzi caliente —comenté tratando de no temblar. Aproveché la cercanía del rubio para acariciar sus muslos y amasar su trasero con ansias, volví a entrar en calor.
Luka rió y apartó mis manos, mis dedos ya estaban comenzando a preparar el terreno.
—Deberás esperar un poco más, al menos hasta que lleguemos a la habitación. —susurró en mi oído coquetamente.
Salimos de la pileta y Luka me pasó una toalla para que la colocara alrededor de mi cintura, mi erección era sumamente notoria, igual que la de él, pero a ninguno de los dos nos importó mucho.

El cuarto al que entramos estaba sumido en la penumbra, solo la tenue luz de una lámpara de pie iluminaba la inmensa suite. El rubio me quitó la toalla y se abrazó a mi cuerpo mientras me besaba, lo dirigí a la cama y ambos caímos encima de ella sin despegar nuestros cuerpos. Me gustaba Luka, era una belleza, pero si en ese momento me hubieran dado a elegir, hubiera preferido mil veces los besos y las caricias de Dima. Acaricié su pequeña cintura, besé su terso pecho, y pegué mi cadera a la suya, tomé el preservativo de la mesita que estaba a un costado de la cama y me lo coloqué. Levanté la cabeza encontrándome con la mirada del rubio perdida en un rincón oscuro de la habitación, giré mi cabeza hacia ese lugar y pude ver la figura de un hombre sentado en un cómodo sillón. El hombre nos observaba, estaba vestido con un elegante traje azul muy fino pero la oscuridad no me dejaba verlo bien.
Luka tomó mi rostro entre sus brazos y me besó.
— Piensa sólo en mí… —me susurró mientras comenzaba a frotar su miembro contra el mío. Sentí como las gotas de pre semen que resbalaban por su glande y comenzaban a mojar mi vientre.
Enseguida me olvidé del hombre que nos observaba, los movimientos de Luka estaban nublando mi juicio. Lo tomé de las piernas y levanté sus caderas dejando a la vistas su perfecto trasero. Me quedé observándolo, sus labios rojos entreabiertos, su cabellos salvaje sobre la almohada y sus mejillas enrojecidas por la excitación. No le di tiempo a prepararse, lo tomé con fuerza y metí mi verga dentro suyo. Pude observar como su rostros se fruncía por el dolor, pero no largó ningún quejido, lo embestí y sentí como sus manos se agarraban de mis brazos con fuerza, no lo estaba disfrutando, nadie en su sano juicio hubiera disfrutado la forma en que yo lo estaba penetrando, era violento, sádico, sentía como lo estaba desgarrando por dentro y eso me ponía a mil. Mordí sus hombros y su pecho sin clemencia dejándole unas fuertes marcas rojas.
No era justo, la belleza de Luka no era justa, en un mundo tan horrible, tan lleno de horror y violencia, Luka desencajaba completamente. Era una ilusión de pureza, una hermosura corrompida y lujuriosa que no debía existir, no tenía derecho a existir, era una mentira, y por eso debía terminar con ella. Luka siempre fue la única persona que me cautivó por su belleza, era imposible dejar de mirarlo y de asombrarme, pero eso, a la vez que me atraía también me causaba repulsión, lo odiaba de una forma retorcida. Tal vez era envidia, por que poseía un poco de la entereza que a mí me faltaba, él no estaba roto como Dima y como yo, él todavía tenía una salida pero no la aprovechaba, no le interesaba salir de ese agujero.
Coloqué mis manos sobre su cuello y apreté con fuerza mientras seguía moviéndome dentro suyo, ver su cara de horror mientras lo estrangulaba me llenó de placer, apreté su cuello con más fuerza y comencé a golpear su rostro con una de mis manos, quería borrar su belleza de este mundo. Unas gotas de sangre salpicaron mi cara, traté de limpiarme con mi brazo y lo seguí golpeando. Al tercer golpe sentí como una gran fuerza me quitaba de encima de Luka, sentí un fuerte golpe en las costillas y luego en mi cara y en mi estómago, abrí los ojos y me encontré con el hombre del traje azul encima mío, no dejaba de encajarme puñetazos y tenía su

rodilla sobre mi cuerpo, no podía moverme ni defenderme. El hombre me tomó de las piernas y sentí como su verga se enterraba dentro mío, mis ojos se aguaron del dolor o tal vez era sangre que corría por mi mejilla, no lo sé, lo único que sé es que nunca me habían dado una golpiza como la que recibí ese día, si salí de ahí con unos cuantos huesos rotos, eso fue un milagro.

— ¡Lo vas a matar! — escuché los gritos de Luka.

Su rostro estaba ensangrentado y se notaba que le costaba moverse, pero a pesar de todo se colocó en medio del mastodonte y de mí.

— ¡Filipp! Déjalo, ven conmigo. —dijo mientras se colgaba de su cuello.

El hombre pareció calmarse al escuchar su nombre. Luka logró que me soltara y colocó los robustos brazos alrededor de su cintura. El bratva acarició el cuerpo esbelto empujando al rubio encima de la cama, sosteniéndolo del cuello que ya comenzaba a ponerse morado, tomó su verga y empezó a masturbase cerca del rostro de Luka, el semen blanco no tardó en salir disparado, cayendo encima de la mejilla, los labios y el cuello de mi compañero, mezclándose con la sangre roja que salía de su nariz y su boca. El hombre de traje azul se limpió con un pañuelo, luego tomó un fajo de billetes de su bolsillo y lo tiró encima de la cama, mi cuerpo ya no me respondía y estaba a punto de perder la conciencia.

— Acá tienes tú dinero —fue lo último que escuché antes de que todo se ponga negro.

Capítulo 7

VII. Crisis

Desperté un día después en el hospital, a mi lado se encontraba Dima Por un tiempo pensé que Dimitry era un alma noble que había velado por mi bienestar. Meses después me enteré que se había quedado a mi lado por su incondicional amor a Luka, el rubio había sido quien se había encargado de llevarme al hospital y de pagar el tratamiento, él había sido quien se había quedado junto a mi todo ese tiempo, pero le había sido imposible afrontar mi mirada cuando me desperté y se había marchado antes de que fuera consciente de su presencia , se sentía contrariado en todos los sentidos, culpable por haber generado todo ese caos, y sorprendido por mi violencia y mi falta de escrúpulos, me amaba y a la vez estaba dolido por lo que le acababa de hacer, y tenía mucha razón en sentirse así, si aquel hombre de traje azul no me hubiera separado de él, Luka seguramente hubiera terminado muy mal o incluso hubiera muerto.
Los días siguientes fueron dolorosos, tenía dos costillas quebradas, la nariz rota y una fuerte contusión en el cráneo que me había dejado noqueado durante todo un día, además de una grave desgarro en los meniscos de la pierna derecha. Dima se encargó de cuidarme, alimentarme y quedarse a mi lado en silencio, soportando todos mis maltratos y mi mal humor. Estar postrado en una cama no era algo a lo que estaba acostumbrado y fue muy duro para mi estar así, mirando el techo sin poder moverme por el dolor. Lo que más odiaba era el tiempo que ese estado me daba para pensar en cosas indeseadas; el abandono, mi niñez, la violencia, la culpa que sentía por lo de Luka aunque jamás lo confesara, el vacío de una vida sin aspiraciones, la necesidad de un amor que nunca llegaría… En ese tiempo se hizo muy recurrente el nombre de Aleksei en mi cabeza, como un fantasma que me atormentaba apenas le daba la oportunidad, quería verlo, necesitaba verlo y a la vez sabía que eso lo único que haría sería destruirme.
Las cosas se mantuvieron en un silencio pactado por unos días, pero no tardaron en estallar. Comenzaron a acecharme recuerdos de cuando era niño y habían comenzado los abusos por parte de Yegor, recordé lo asqueado y miserable que me sentía, recordaba el dolor y el miedo, el placer, el pánico, pero sobre todo la suciedad, lo sucio que me sentía, era imposible quitar esa sensación que había comenzado a invadirme. Cuando pude levantarme finalmente, lo primero que hice fue meterme a la bañera y comenzar a refregar mi cuerpo con una esponja con tanta fuerza que mis brazos terminaron todos arañados.
Dima me encontró en esa situación al llegar de donde quiera que hubiera estado.
— ¡¿Qué haces!? —gritó horrorizado, el agua de la bañera se había desbordado y estaba inundando el baño de agua roja, la herida de mi

nariz se había abierto y chorreaba sangre, y una parte de mis brazos estaban en carne viva, sin embargo, yo no entendía su rostro espantado. Me levanté y me acerqué a él, abrazándolo, tocándolo con mi cuerpo mojado y manchándolo de sangre.
—Déjame cogerte…—dije mientras trataba de sacarle la ropa.
Él se quedó quieto, supongo que no quería hacer movimientos bruscos para no lastimarme, pero cuando le quise sacar su camiseta me detuvo.
—Basta Arian, debes recostarte y…
No lo dejé hablar, busqué su boca y la bese, nuestras lenguas enseguida sintieron el gusto metálico de la sangre. Lo acorralé contra la pared e intenté quitarle el pantalón pero él me tomó de los brazos y me apartó.
— ¡Aléjate de mí! —. Me gritó—No quiero que me toques, no quiero que me mires, ni que me dirijas la palabra ¡Te odio! Te odio por haberle hecho lo que le hiciste a Luka, por haberlo puesto en esa situación.
— ¡Luka se puso en esa situación él solo! Lo rechacé mil veces, le dije que estaba jugando con fuego y a él no le importó. Él me arrastró hasta ese hotel, el me pidió que lo cogiera mientras ese imbécil nos observaba.
— ¡Tú casi lo matas!
Sus palabras hicieron eco en la habitación, sus hermosos ojos azules se llenaron de lágrimas, le dolía, otra herida más que le hacía, que guardaría en su colección, otra decepción. Él había confiado en mí, me había pedido que lo ayudara con Luka, que lo salvara, y yo había hecho todo lo contrario, había herido a la persona que él más amaba, y lo peor de todo era que esa persona seguía preocupándose por mí más que por él.
Me senté sobre el piso del baño, el agua seguía desbordándose de la bañera y ya comenzaba a salirse del baño hacia el pasillo. Comencé a sentir el dolor, comencé a sentir lo débil que estaba.
— Creo que estoy enamorándome de ti…— solté con un hilo de voz, mi garganta se había cerrado por completo y apenas podía respirar.
Por un momento todo fue silencio excepto por el ruido del agua cayendo. Sabía que lo que esta confesión causaría, Dima se alejaría y eso era exactamente lo que quería lograr.

Los siguientes días no los recuerdo bien, fueron confusos. Dima me dio de tomar un coctel de calmantes y analgésicos que me dejó noqueado, solo escuchaba voces y veía sombras, me pareció incluso escuchar la voz de Luka, pero no estoy seguro. Además, me había atado a la cama para que no pudiera lastimarme así que tampoco podía moverme.
Cuando me desperté ya no había nadie, mi brazo y mi pecho, estaban vendados, noté que podía desplazarme con más facilidad, sin que cada movimiento fuera una agonía. Tenía hambre así que fui a la cocina, por suerte Dima me había dejado comida. Quise comer algo, pero apenas puse un bocado de comida en mi boca sentí arcadas y no pude comer más. Me quedé un rato mirando el techo en mi habitación, revisé algunas fotos viejas, me bañé y volví a intentar comer algo pero tampoco pude. Finalmente decidí que debía salir de ahí o me volvería loco, tomé unos calmantes, me coloqué mi abrigo y salí al exterior. Mis pasos me llevaron al único lugar al que sabía que podría dejar de pensar por un momento,

puro sexo sin ningún tipo de preguntas o preocupaciones, sin tener que actuar o fingir algo que no era y ese era la casa de Yarik.

— ¿Luego de lo de la otra vez te atreves a aparecer en mi puerta? Debería abrirte el estómago y sacarte las tripas mientras te desangras. —fue lo primero que dijo.
— No sabía que tenías tanto miedo de lo que tu hermana pensara de ti. —le contesté, si creía que con esa amenaza podría deshacerse de mi estaba muy equivocado, no le tenía miedo, me necesitaba igual que yo a él.
El Bratva me observó sorprendido por mi desfachatez y largó una carcajada.
— ¿Quién es? ¿Es el chico de la otra vez? — La voz de una mujer se escuchó y una cabecita rubia asomó detrás del cuerpo del Yarik, sus ojos brillaron cuando me vio, como si fuera una niña delante de un juguete nuevo —Estaba a punto de servir la cena ¿Te quedas a comer?
Acepté la invitación por el solo hecho de incomodar a Yarik y molestarlo. El Bratva se sentó frente mío con cara de poco amigos, no le gustaba esa situación, no le agradaba que su hermana se hubiera interesado en mí, tampoco le gustaba que yo estuviera cenando con ellos, a pesar de eso dejó que hiciera lo que quisiera sin ninguna protesta, me parecía cómico ver al gran Brigadir ser sometido a los caprichos de una joven apenas un par de años mayor que yo.
Anya, como le llamaba Yarik, era una joven muy inteligente y astuta, con una curiosidad insaciable. Apenas nos sentamos a comer comenzó a bombardearme con miles de preguntas sobre mi vida, mi familia, mi origen étnico, la escuela donde había estudiado, mi comida favorita. A cada una de las preguntas yo le contestaba con una mentira ingeniosa y algo pomposa, siempre fui bueno para esas cosas. Le hablé sobre como mis padres se habían conocidos en el teatro, mi madre una famosa actriz africana de películas independientes y mi padre un pobre director de cine ucraniano con mala suerte, ambos se habían mudado al campo cuando nací y yo había sido criado entre los cerdos hasta los 12 años cuando nos mudamos a Moscú. La mujer me observó sorprendida incluso comenzó a preguntarme cosas sobre mi madre africana, yo me las arreglé para decir unas palabras en Masai que recordaba de mi infancia y ella quedó fascinada.
— Idiota ¿No vez que lo está inventando todo? ¡Es todo mentira! —dijo Yarik soltando una carcajada
Anya me observó incrédula, tratando de descifrar si era cierto que todo era mentira. Yo no afirmé ni negué nada dejando la duda en el aire.
— Seguro vive en una caja en la estación de tren —volvió a escupir Yarik riéndose nuevamente, la cerveza que había tomado estaba comenzando a hacer efecto y ya empezaba a arrastrar las palabras.
— ¿Es todo mentira? — preguntó la joven finalmente
Le respondí con otra pregunta — ¿Enserio quieres escuchar la verdad? — Entonces ella calló, seguramente al darse cuenta que la verdad sería mucho más aburrida y ordinaria.

Unos minutos más tarde Anya ya se encontraba dormida con su cabeza sobre el colchón que se encontraba en la sala, el mismo que había usado con Yarik unas cuantas veces para tener sexo. El Bratva se levantó con suavidad para no despertarla y me tomó del brazo.
— Ven…—me indicó mientras nos dirigíamos arriba.
Me soltó cuando llegamos a la entrada de su habitación. Se detuvo en frente de la cama y comenzó a desvestirse con tranquilidad, yo lo examiné de arriba a abajo comiéndolo con la mirada, ese hombre tenía un cuerpo espectacular, unos amplios y bien marcados pectorales y unos fuertes abductores, sus bíceps también estaban bastante desarrollados haciendo su presencia sumamente intimidante. Cuando terminó de quitarse toda la ropa se acostó en la cama boca arriba, con su verga dura apuntando el techo, me observó con aquellos ojos azules, desafiándome, esperándome. Esto era muy diferente a nuestros encuentros casi bestiales llenos de violencia y desenfreno, esto era calmo, calculado, tranquilo, medido, no estaba acostumbrado a eso, no era lo que había venido a buscar. Sin embargo, me desnudé, me subí sobre él y me introduje su miembro moviéndome con tortuosa lentitud mientras nos besábamos, quería que enloqueciera, que se descontrolara. Acaricié el vello rubio que crecía cerca de su ombligo, sus abdominales eran los únicos músculos que no estaban perfectamente definidos, subí mis manos hasta su pectorales observando los lunares que se marcaban en su cuello, estaba tratando de no dejarme llevar por el placer antes que él hasta lograr mi cometido, hasta que Yarik me tomara de la cintura con desesperación y comenzara a embestirme deliciosamente.
Siempre fui un romántico, me gustaba coleccionar artículos del periódico sobre crímenes pasionales, me interesaba el extremo al que dos personas que supuestamente se aman pueden llegar. Cuando Yegor estaba en mi vida, imaginé muchas veces acabar con él con mis propias manos y luego matarme como una especie de retorcido ritual de pasión y romance. Cuando conocí a Yarik, él ocupó su lugar, muchas veces imaginé nuestro final como un final de película de bajo presupuesto. Mientras lo montaba como estaba haciendo en ese momento, tomaría el arma que tenía guardada en el cajón de su mesa de luz y le dispararía en la cabeza volándole los sesos para luego hacer los mismo conmigo. Eyaculé imaginándome su cabeza desparramada por toda la habitación pintándola de rojo y la satisfacción que eso me provocaría.

Capítulo 8

XIX. Verdades

Me levanté en la madrugada, apenas pude llegar al baño antes de vomitar todo lo que había cenado. No me atreví a observarme al espejo, mi cuerpo de complexión equilibrada y aspecto fuerte se estaba deteriorando rápidamente, había aumentado un poco de peso ahora que había estado viviendo con Dima, pero esa mejora ya había vuelto a desaparecer casi por completo. Bajé a la cocina por un poco de agua, necesitaba sacarme ese gusto horrible de mi boca, me sorprendió encontrarme a Anya allí, la rubia me examinó mientras tomaba un poco de agua de una botella.
— ¿Qué te paso en la nariz? ¿Por qué tienes el pecho vendado? — me preguntó sin ningún reparo
Parecía que la rubia había estado reprimiendo esa pregunta toda la cena. Todavía mi aspecto daba bastante lastima, Yarik ya me había viso así varias veces debido a las golpizas que recibía o que él mismo me proporcionaba, por eso no se había ni molestado en preguntarme, sabía lo problemático que era, pero para Anya seguramente verme así le debió haber llamado la atención desde el inicio, aunque no había dicho nada por miedo a meterse en un tema que pudiera generar tensión con su hermano.

— Me dieron una golpiza —le contesté acercándome un poco, ella enseguida retrocedió
— ¿Qué hiciste? —
— Me cogí a la putita de un Bratva y lo golpee hasta casi matarlo
Anya se encogió sobre sí misma y me observó con miedo, como si se hubiera dado cuenta por primera vez que yo no era un niño idiota que le gustaba jugar a la mafia, sino que era parte de esos hombres peligrosos y retorcidos con lo que su hermano se juntaba y que ella detestaba.
— No estás diciendo la verdad ¿Cierto?
— Me da lo mismo lo que pienses.
Tomé la botella de sus manos y bebí de su pico.
— ¿Por qué tus manos están todas lastimadas? —le pregunté, ahora era mi turno de hacer las preguntas incomodas
— Porque sufro de misofobia…
— ¿Qué?
— Es el miedo patológico a la suciedad, la contaminación y los gérmenes. Está ligada al trastorno obsesivo-compulsivo, los que la padecemos tendemos a lavarnos las manos constantemente y eso hace que se me lastimen mucho las manos, especialmente con este frio. Tampoco nos gusta que invadan nuestro espacio personal… —dijo esto último haciendo énfasis en la poca distancia que nos separaba.
Yo la observé con una sonrisa burlona, aunque en el fondo me sentí identificado con esa sensación de pánico a la suciedad, lo había vivido no

hacía más de unos días cuando me había lastimado los brazos tratando de quitarme esa sensación de encima. Volví a tomar del pico de la botella tratando de deshacer el nudo que se había creado en mi garganta.
— ¿Siempre te quedas a dormir cuando vienes? —me preguntó Anya cambiando de tema.
— No, es la primera vez, creo que a Yarik se le subió el alcohol a la cabeza esta noche.
— No lo sé, él no es así. Pero tú… contigo es diferente.
Su comentario me enfureció, no quería pensar en lo que aquel cambio en la actitud de Yarik significaba, abría puertas que prefería que se mantuvieran cerradas.
— ¿Sabes por qué es diferente conmigo? Por qué yo soy con quien libera todas sus frustraciones ¿Cómo piensas que tu hermano puede ser una persona decente después de toda la mierda que pasó? ¿Cómo crees que él es capaz de relacionarse contigo de una forma tan normal y coherente? ¡Todo es por mí, yo recibo toda su mierda!

Anya me dirigió una mirada de terror, y comenzó a temblar como un animal atemorizado, quiso esquivarme y salir corriendo pero yo le cerré el paso. Ella retrocedió antes de chocar contra mi cuerpo observándome suplicante.
— Si piensas que te tengo pena por tu estúpida enfermedad estás muy equivocada niña idiota. No te conviene jugar conmigo o te vas a quemar.

Los ojos verdes me observaron con una mezcla de temor y admiración.
— Yo tampoco te tengo pena ni miedo —dijo con seguridad a pesar de que su cuerpo frágil le daba el aspecto de una ramita a punto de quebrarse — Si te acercas un paso más gritaré, Yarik vendrá y te desollará vivo.

La miré sorprendido, sus ojos mostraban una fiereza similar a la de Yarik. No pude evitar reír, Anya había demostrado ser digna hermana del Bratva. Una sonrisa siniestra apareció en sus labios, enseguida supe que esa mujer era igual de temible que él.

A partir de ese momento, Anya y yo desarrollamos una particular amistad. Yo la veía como una compañía singular, nunca dejaba de sorprenderme sus extravagancias y era una forma también, de ir a ver a Yarik las veces que quisiera sin tener que depender del humor o disponibilidad del Bratva, también una forma de no volver a la pocilga que era mi apartamento, y de no ver a Luka o a Dima o a la casera que ya comenzaba a fastidiarme para que le pague los meses que le debía. Para Anya, en cambio, resulté ser un campo de estudio, un animal de laboratorio al que podía investigar para su proyecto de ciencia, algo que no me molestaba en absoluto.
A pesar de que ya llevo varias páginas escribiendo sobre ella, nunca mencioné su historia. Ella y Yarik provenían ambos de una familia trabajadora de los suburbios, su madre conoció a su esposo en una fábrica textil dónde ambos trabajaban, ella enseguida quedó embarazada y la familia exigió que se casaran. El hombre resultó ser un patán, mujeriego y

apostador, y no tardó en dejar a su familia en la ruina y marcharse con una mujer, una prostituta de San Petesburgo. Apenas tuvo la suficiente edad, Yarik se convirtió en el sostén de su familia, debido a la presión y hostigamiento que recibía por parte de los acreedores, no le quedó más remedio que convertirse en el Brigadir de un Bratva al que su padre le debía dinero, Giyena Záitsev. A cambio de su lealtad, el hombre pagó todas las deudas de su familia y las cosas se mantuvieron calmas por un tiempo.
Anna Mijáilovicha Vorobiov fue una niña problemática desde pequeña, detestaba a su madre, una mujer ignorante y sin estudios que no podía consigo misma. Se había propuesto ser todo lo opuesto a esa mujer infeliz y desgraciada, y desde chica le hizo la vida imposible. Había desarrollado una pasión enferma por la las novelas, la poesía, el cine y las artes, era una soñadora, todo el día metida en su música y sus libros, por esa razón le costaba diferenciar la realidad de una mala película de terror. Yarik se encargó de darle los mejores estudios que podía costear cuando ella le comentó que quería estudiar cine y todo pareció tomar un rumbo, hasta que Anya tuvo que dejar la universidad por problemas de salud, era imposible para ella estar en un ambiente con muchas personas sin que tuviera ataques de pánico y pensara que se estaba por morir. Las cosas con su madre tampoco estaban bien, Anya y ella peleaban constantemente y su humor se había vuelto inestable e impredecible, habían llegado a tal punto el malestar, que había decidido escaparse e irse a vivir con su hermano. Yarik por supuesto, intervino dispuesto a devolver a su hermana a la casa de su madre, el lugar donde estaban no era adecuado para tener a una joven como ella, pero luego de una extensa charla con su madre que ya no sabía qué hacer con la niña, y las suplicas de Anya, no tuvo más remedio que aceptar que viviera con él.
Anya fue quien me hizo conocer el cine de culto y el underground, amaba esa clase de películas, especialmente si estaban grabadas en blanco y negro. Recuerdo terminar de ver “Pink Flamingos" de John Watts y pensar que no podría vovler a comer en todo lo que restaba de mi existencia. Le gustaba escribir guiones y novelas, y le encantaba usarme a mí de inspiración, me describía como el inmejorable protagonista de una película de culto debido a mi compleja personalidad libertina, inmoral y ególatra, el perfecto antihéroe. Estaba deseosa por escribir el guión de una pelicula usándome a mí como perfil para su protagonista y por eso tenía tanto interés en comprenderme y absorber cualquier información sobre mi personalidad. Lamentablemente su estado mental era frágil y cambiante, y como había momentos en los que brillaba como una luz radiante con sus extravagantes atuendos, ideando tramas para sus novelas y contándome mil ideas sobre películas que quería realizar, también había momentos de oscuridad, donde ella se apagaba y sus únicas palabras se reducían a monosílabos, se encerraba en su cuarto y no salía por semanas.
Yarik al principio pareció reacio a aceptar mi amistad con Anya, no me veía como una buena influencia e incluso parecía tener miedo de mi temperamento tan impredecible, pero su hermana se veía tan feliz cuando

me veía que terminó aceptándolo y las noches en que me quedaba a dormir con él se hicieron más frecuentes. Seguía siendo igual de bruto y violento que siempre, pero algo diferente había en su trato, un sutil cambio cuando creía que no lo observaba, una caricia con ternura, un beso demasiado suave, una mirada dulce. No me gustaba, no me gustaba en absolutos, quise mirar para otro lado, quise realmente no verlo pero llego el día en que esa tensa línea se hizo imposible de ignorar.
Ese día aparecí en lo de Yarik por la medianoche, Anya estaba de un humor sombrío y se había encerrado en su cuarto desde temprano, y el Bratva se encontraba en la sala hablando con uno de sus subordinados que enseguida reconocí, era el exótico hombre de ojos celestes casi transparentes que tanto me habían gustado, me sonrió con interés apenas me vió, me senté a su lado y no tardó en pegarse a mí, rodeándome con sus brazos.
Cuando nos comenzamos a besar Yarik intervino.
— Sasha, no me gusta que comiences tu asunto aquí.
El hombre lo observó sorprendido, Yarik no era de incomodarse por ese tipo de cosas, habían sido incontables las veces que habían hecho reuniones con prostitutas en ese lugar. Hacía unos meses habíamos compartido una interesante sesión de sexo los tres y eso no pareció importarle. Aunque también era entendible que no hubiera querido comenzar algo así con Anya durmiendo en el cuarto del piso superior.
— Entiendo —dijo Sasha volviendo a mirarme — ¿Vienes conmigo?
Yo asentí, quería alejarme de Yarik, quería dejar en claro hasta qué punto yo le pertenecía, quería probar que yo estaba en un error y que lo único que sentía el Bratva hacia mí persona, era deseo. Pero Yarik no me dejó.
— Hoy se queda conmigo…— dijo colocando su mano sobre mi hombro, estaba serio y sus ojos tenían una mirada que daba miedo.
Sasha sonrió aunque se notaba que estaba intimidado por el brigadir.
—Bien, me voy entonces.
Yarik lo acompañó a la salida, escuché que hablaban pero no pude escuchar más que murmullos. El rubio volvió enseguida, se acercó y comenzó a besarme, proclamándome como suyo, tratando de borrar la esencia de Sasha de mi cuerpo. Me tomó de la cintura y me llevó hasta la habitación, dejó la sombra de sus dedos sobre mi piel y mordió mi cuerpo dejándome marcas que harían saber al resto que yo le pertenecía. Me desnudó y me subió arriba suyo dirigiéndome, presionándome contra su verga, yo seguí su jueguito besándolo y gimiendo teatralmente, y mientras él parecía perder el control por el deseo, yo le apunté con el arma que guardaba en el cajón del velador a un costado de su cama.
Yarik abrió los ojos al sentir la boca del cañón sobre su sien, una mueca parecida a una sonrisa apareció en su rostro.
— ¿Quieres matarme? — fue una pregunta pero parecía ya saber la respuesta
— Solo quiero que me respondas algo ¿Qué es lo que sientes por mí?
El rubio me observó incrédulo antes de largar una carcajada
— ¿Enserio piensas que estoy enamorado de ti? ¿Crees que me importas? Eres solo un putita con la que cojo y la mascota de mi hermana. No eres

más que mierda con la que me gusta jugar,
Era cruel, demasiado cruel como para que no le interesara, estaba esforzándose por parecer un hombre frío y calculador, un vano esfuerzo para ocultar algo que ambos sabíamos. Para él era absurdo estar enamorado de un hombre, de solo pensarlo le daba nauseas.
Dejé de apuntarlo con el arma, en vez de eso, dirigí el cañón hacia mi sien. El rostro de Yarik se desfiguró.
— ¿Qué haces?
Quité el seguro del arma y cerré los ojos, y no pensé más, mi mente se anuló por completo. Se escuchó el sonido del disparo pero no sentí nada hasta que unas gotas de sangre comenzaron a deslizarse por mi cuello. Abrí los ojos, Yarik sostenía mis brazos sobre mi cabeza, había logrado mover mis manos en el instante justo y la bala solo había rozado una parte de mi oreja lastimándola. El rubio me observaba con los ojos bien abiertos, su respiración estaba agitada, me tomó entre sus brazos, era como si una revelación hubiera surgido en su interior, sus ojos brillaban fascinados. Sentí sus labios sobre los míos, acariciándolos con una dulzura impropia en él. Su verga todavía seguía en mi interior, sentí como se volvía a agrandar y me llenaba por completo moviéndose dentro mío con lentitud.
La puerta se abrió repentinamente, Anya apareció con expresión atemorizada.
— ¡Yarik! ¡¿Qué sucedió?!—
Enseguida sus mejillas se sonrojaron al vernos a los dos desnudos y en una situación tan comprometedora. Yo seguía manteniendo el arma en mi mano, apuntando al pecho del bratva. Solté la pistola y me quité de arriba del rubio. Tomé mi ropa y salí de la habitación pasando por delante de mi amiga. Me coloqué mis pantalones y salí de allí lo más rápido que pude. Estaba huyendo, huía de esos ojos, de esos besos que habían hablado con una verdad que no queríamos reconocer.
Una mano me detuvo en la puerta, era Anya, me había seguido.
—Arian… vayamos a tomar algo.
Yo no le respondí, me quedé observándola sin saber qué hacer, hasta que finalmente la seguí.

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

VIII.

Me levanté en la madrugada, apenas pude llegar al baño antes de vomitar todo lo que había cenado. No me atreví a observarme al espejo, mi cuerpo de complexión equilibrada y aspecto fuerte se estaba deteriorando rápidamente, había aumentado un poco de peso ahora que había estado viviendo con Dima, pero esa mejora ya había vuelto a desaparecer casi por completo. Bajé a la cocina por un poco de agua, necesitaba sacarme ese gusto horrible de mi boca, me sorprendió encontrarme a Anya allí, la rubia me examinó mientras tomaba un poco de agua de una botella.
— ¿Qué te paso en la nariz? ¿Por qué tienes el pecho vendado? — me preguntó sin ningún reparo
Parecía que la rubia había estado reprimiendo esa pregunta toda la cena. Todavía mi aspecto daba bastante lastima, Yarik ya me había viso así varias veces debido a las golpizas que recibía o que él mismo me proporcionaba, por eso no se había ni molestado en preguntarme, sabía lo problemático que era, pero para Anya seguramente verme así le debió haber llamado la atención desde el inicio, aunque no había dicho nada por miedo a meterse en un tema que pudiera generar tensión con su hermano.

— Me dieron una golpiza —le contesté acercándome un poco, ella enseguida retrocedió
— ¿Qué hiciste? —
— Me cogí a la putita de un Bratva y lo golpee hasta casi matarlo
Anya se encogió sobre sí misma y me observó con miedo, como si se hubiera dado cuenta por primera vez que yo no era un niño idiota que le gustaba jugar a la mafia, sino que era parte de esos hombres peligrosos y retorcidos con lo que su hermano se juntaba y que ella detestaba.
— No estás diciendo la verdad ¿Cierto?
— Me da lo mismo lo que pienses.
Tomé la botella de sus manos y bebí de su pico.
— ¿Por qué tus manos están todas lastimadas? —le pregunté, ahora era mi turno de hacer las preguntas incomodas
— Porque sufro de misofobia…
— ¿Qué?
— Es el miedo patológico a la suciedad, la contaminación y los gérmenes. Está ligada al trastorno obsesivo-compulsivo, los que la padecemos tendemos a lavarnos las manos constantemente y eso hace que se me lastimen mucho las manos, especialmente con este frio. Tampoco nos gusta que invadan nuestro espacio personal… —dijo esto último haciendo énfasis en la poca distancia que nos separaba.
Yo la observé con una sonrisa burlona, aunque en el fondo me sentí identificado con esa sensación de pánico a la suciedad, lo había vivido no

hacía más de unos días cuando me había lastimado los brazos tratando de quitarme esa sensación de encima. Volví a tomar del pico de la botella tratando de deshacer el nudo que se había creado en mi garganta.
— ¿Siempre te quedas a dormir cuando vienes? —me preguntó Anya cambiando de tema.
— No, es la primera vez, creo que a Yarik se le subió el alcohol a la cabeza esta noche.
— No lo sé, él no es así. Pero tú… contigo es diferente.
Su comentario me enfureció, no quería pensar en lo que aquel cambio en la actitud de Yarik significaba, abría puertas que prefería que se mantuvieran cerradas.
— ¿Sabes por qué es diferente conmigo? Por qué yo soy con quien libera todas sus frustraciones ¿Cómo piensas que tu hermano puede ser una persona decente después de toda la mierda que pasó? ¿Cómo crees que él es capaz de relacionarse contigo de una forma tan normal y coherente? ¡Todo es por mí, yo recibo toda su mierda!

Anya me dirigió una mirada de terror, y comenzó a temblar como un animal atemorizado, quiso esquivarme y salir corriendo pero yo le cerré el paso. Ella retrocedió antes de chocar contra mi cuerpo observándome suplicante.
— Si piensas que te tengo pena por tu estúpida enfermedad estás muy equivocada niña idiota. No te conviene jugar conmigo o te vas a quemar.

Los ojos verdes me observaron con una mezcla de temor y admiración.
— Yo tampoco te tengo pena ni miedo —dijo con seguridad a pesar de que su cuerpo frágil le daba el aspecto de una ramita a punto de quebrarse — Si te acercas un paso más gritaré, Yarik vendrá y te desollará vivo.

La miré sorprendido, sus ojos mostraban una fiereza similar a la de Yarik. No pude evitar reír, Anya había demostrado ser digna hermana del Bratva. Una sonrisa siniestra apareció en sus labios, enseguida supe que esa mujer era igual de temible que él.

A partir de ese momento, Anya y yo desarrollamos una particular amistad. Yo la veía como una compañía singular, nunca dejaba de sorprenderme sus extravagancias y era una forma también, de ir a ver a Yarik las veces que quisiera sin tener que depender del humor o disponibilidad del Bratva, también una forma de no volver a la pocilga que era mi apartamento, y de no ver a Luka o a Dima o a la casera que ya comenzaba a fastidiarme para que le pague los meses que le debía. Para Anya, en cambio, resulté ser un campo de estudio, un animal de laboratorio al que podía investigar para su proyecto de ciencia, algo que no me molestaba en absoluto.
A pesar de que ya llevo varias páginas escribiendo sobre ella, nunca mencioné su historia. Ella y Yarik provenían ambos de una familia trabajadora de los suburbios, su madre conoció a su esposo en una fábrica

textil dónde ambos trabajaban, ella enseguida quedó embarazada y la familia exigió que se casaran. El hombre resultó ser un patán, mujeriego y apostador, y no tardó en dejar a su familia en la ruina y marcharse con una mujer, una prostituta de San Petesburgo. Apenas tuvo la suficiente edad, Yarik se convirtió en el sostén de su familia, debido a la presión y hostigamiento que recibía por parte de los acreedores, no le quedó más remedio que convertirse en el Brigadir de un Bratva al que su padre le debía dinero, Giyena Záitsev. A cambio de su lealtad, el hombre pagó todas las deudas de su familia y las cosas se mantuvieron calmas por un tiempo.
Anna Mijáilovicha Vorobiov fue una niña problemática desde pequeña, detestaba a su madre, una mujer ignorante y sin estudios que no podía consigo misma. Se había propuesto ser todo lo opuesto a esa mujer infeliz y desgraciada, y desde chica le hizo la vida imposible. Había desarrollado una pasión enferma por la las novelas, la poesía, el cine y las artes, era una soñadora, todo el día metida en su música y sus libros, por esa razón le costaba diferenciar la realidad de una mala película de terror. Yarik se encargó de darle los mejores estudios que podía costear cuando ella le comentó que quería estudiar cine y todo pareció tomar un rumbo, hasta que Anya tuvo que dejar la universidad por problemas de salud, era imposible para ella estar en un ambiente con muchas personas sin que tuviera ataques de pánico y pensara que se estaba por morir. Las cosas con su madre tampoco estaban bien, Anya y ella peleaban constantemente y su humor se había vuelto inestable e impredecible, habían llegado a tal punto el malestar, que había decidido escaparse e irse a vivir con su hermano. Yarik por supuesto, intervino dispuesto a devolver a su hermana a la casa de su madre, el lugar donde estaban no era adecuado para tener a una joven como ella, pero luego de una extensa charla con su madre que ya no sabía qué hacer con la niña, y las suplicas de Anya, no tuvo más remedio que aceptar que viviera con él.
Anya fue quien me hizo conocer el cine de culto y el underground, amaba esa clase de películas, especialmente si estaban grabadas en blanco y negro. Recuerdo terminar de ver “Pink Flamingos" de John Watts y pensar que no podría vovler a comer en todo lo que restaba de mi existencia. Le gustaba escribir guiones y novelas, y le encantaba usarme a mí de inspiración, me describía como el inmejorable protagonista de una película de culto debido a mi compleja personalidad libertina, inmoral y ególatra, el perfecto antihéroe. Estaba deseosa por escribir el guión de una pelicula usándome a mí como perfil para su protagonista y por eso tenía tanto interés en comprenderme y absorber cualquier información sobre mi personalidad. Lamentablemente su estado mental era frágil y cambiante, y como había momentos en los que brillaba como una luz radiante con sus extravagantes atuendos, ideando tramas para sus novelas y contándome mil ideas sobre películas que quería realizar, también había momentos de oscuridad, donde ella se apagaba y sus únicas palabras se reducían a monosílabos, se encerraba en su cuarto y no salía por semanas.
Yarik al principio pareció reacio a aceptar mi amistad con Anya, no me

veía como una buena influencia e incluso parecía tener miedo de mi temperamento tan impredecible, pero su hermana se veía tan feliz cuando me veía que terminó aceptándolo y las noches en que me quedaba a dormir con él se hicieron más frecuentes. Seguía siendo igual de bruto y violento que siempre, pero algo diferente había en su trato, un sutil cambio cuando creía que no lo observaba, una caricia con ternura, un beso demasiado suave, una mirada dulce. No me gustaba, no me gustaba en absolutos, quise mirar para otro lado, quise realmente no verlo pero llego el día en que esa tensa línea se hizo imposible de ignorar.
Ese día aparecí en lo de Yarik por la medianoche, Anya estaba de un humor sombrío y se había encerrado en su cuarto desde temprano, y el Bratva se encontraba en la sala hablando con uno de sus subordinados que enseguida reconocí, era el exótico hombre de ojos celestes casi transparentes que tanto me habían gustado, me sonrió con interés apenas me vió, me senté a su lado y no tardó en pegarse a mí, rodeándome con sus brazos.
Cuando nos comenzamos a besar Yarik intervino.
— Sasha, no me gusta que comiences tu asunto aquí.
El hombre lo observó sorprendido, Yarik no era de incomodarse por ese tipo de cosas, habían sido incontables las veces que habían hecho reuniones con prostitutas en ese lugar. Hacía unos meses habíamos compartido una interesante sesión de sexo los tres y eso no pareció importarle. Aunque también era entendible que no hubiera querido comenzar algo así con Anya durmiendo en el cuarto del piso superior.
— Entiendo —dijo Sasha volviendo a mirarme — ¿Vienes conmigo?
Yo asentí, quería alejarme de Yarik, quería dejar en claro hasta qué punto yo le pertenecía, quería probar que yo estaba en un error y que lo único que sentía el Bratva hacia mí persona, era deseo. Pero Yarik no me dejó.
— Hoy se queda conmigo…— dijo colocando su mano sobre mi hombro, estaba serio y sus ojos tenían una mirada que daba miedo.
Sasha sonrió aunque se notaba que estaba intimidado por el brigadir.
—Bien, me voy entonces.
Yarik lo acompañó a la salida, escuché que hablaban pero no pude escuchar más que murmullos. El rubio volvió enseguida, se acercó y comenzó a besarme, proclamándome como suyo, tratando de borrar la esencia de Sasha de mi cuerpo. Me tomó de la cintura y me llevó hasta la habitación, dejó la sombra de sus dedos sobre mi piel y mordió mi cuerpo dejándome marcas que harían saber al resto que yo le pertenecía. Me desnudó y me subió arriba suyo dirigiéndome, presionándome contra su verga, yo seguí su jueguito besándolo y gimiendo teatralmente, y mientras él parecía perder el control por el deseo, yo le apunté con el arma que guardaba en el cajón del velador a un costado de su cama.
Yarik abrió los ojos al sentir la boca del cañón sobre su sien, una mueca parecida a una sonrisa apareció en su rostro.
— ¿Quieres matarme? — fue una pregunta pero parecía ya saber la respuesta
— Solo quiero que me respondas algo ¿Qué es lo que sientes por mí?
El rubio me observó incrédulo antes de largar una carcajada

— ¿Enserio piensas que estoy enamorado de ti? ¿Crees que me importas? Eres solo un putita con la que cojo y la mascota de mi hermana. No eres más que mierda con la que me gusta jugar,
Era cruel, demasiado cruel como para que no le interesara, estaba esforzándose por parecer un hombre frío y calculador, un vano esfuerzo para ocultar algo que ambos sabíamos. Para él era absurdo estar enamorado de un hombre, de solo pensarlo le daba nauseas.
Dejé de apuntarlo con el arma, en vez de eso, dirigí el cañón hacia mi sien. El rostro de Yarik se desfiguró.
— ¿Qué haces?
Quité el seguro del arma y cerré los ojos, y no pensé más, mi mente se anuló por completo. Se escuchó el sonido del disparo pero no sentí nada hasta que unas gotas de sangre comenzaron a deslizarse por mi cuello. Abrí los ojos, Yarik sostenía mis brazos sobre mi cabeza, había logrado mover mis manos en el instante justo y la bala solo había rozado una parte de mi oreja lastimándola. El rubio me observaba con los ojos bien abiertos, su respiración estaba agitada, me tomó entre sus brazos, era como si una revelación hubiera surgido en su interior, sus ojos brillaban fascinados. Sentí sus labios sobre los míos, acariciándolos con una dulzura impropia en él. Su verga todavía seguía en mi interior, sentí como se volvía a agrandar y me llenaba por completo moviéndose dentro mío con lentitud.
La puerta se abrió repentinamente, Anya apareció con expresión atemorizada.
— ¡Yarik! ¡¿Qué sucedió?!—
Enseguida sus mejillas se sonrojaron al vernos a los dos desnudos y en una situación tan comprometedora. Yo seguía manteniendo el arma en mi mano, apuntando al pecho del bratva. Solté la pistola y me quité de arriba del rubio. Tomé mi ropa y salí de la habitación pasando por delante de mi amiga. Me coloqué mis pantalones y salí de allí lo más rápido que pude. Estaba huyendo, huía de esos ojos, de esos besos que habían hablado con una verdad que no queríamos reconocer.